

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 14 DE MARZO DE 1910

NÚM. 1.472

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



ADORNANDO LA PALMA, cuadro de Manuel Cusí

Cusí pinta con exquisita elegancia las figuras femeninas y tiene un talento especial para situarlas en un medio apropiado que realce sus gracias naturales. De aquí que sus cuadros atraigan, produciendo en el alma del que los contempla una sensación agradabilísima, á la que contribuyen las suaves coloraciones tan hábilmente combinadas por el artista. *Adornando la palma* es un modelo en ese género tan simpático y que tan admirablemente cultiva Cusí.

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal Ilustrada** que estamos procediendo á la encuadernación del primer tomo de la serie de 1910, que les será repartido con uno de los próximos números.

Dicho tomo es:

JORGE WASHINGTON, ÍNTIMO

APUNTES HISTÓRICOS Y ANECDÓTICOS DE SU VIDA
Y DE SU ÉPOCA

y ha sido escrito en presencia de las obras de Sparks, Guizot, Spéncer, Greely, Leicester y otras, presentándose en él un estudio ameno, verídico é interesantísimo de la familia, de la educación, de la vida social, de los amigos y enemigos de Washington, y de éste como militar, como político, como agricultor y como propietario.

El tomo va ilustrado con reproducciones de retratos y dibujos de la época.

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Nadie es profeta en su patria*, por F. Periquet. — *Roma. Transformación de los monumentales palacios aristocráticos*, por C. Abeniacar. — *De aviación. — Ferrocarril de un solo riel. — Olohn Schaeffer. — París. La «Mi-Careme»*. — Buenos Aires. — *Plaqueta artística. — Espectáculos. — El fantasma de la Opera*, novela ilustrada (continuación). — Madrid. — *Barcelona. Sociedad astronómica. — París. Después de las inundaciones. Destrozos ocasionados en el ferrocarril metropolitano.*

Grabados. — *Adornando la palma*, cuadro de Manuel Cusí. — Dibujo de C. Vázquez que ilustra el artículo *Nadie es profeta en su patria*. — *Juan el parricida, duque de Suabia*, escultura de J. Moest. — *Sagrada familia*, cuadro de L. Feldmann. — *Roma. Transformación comercial de los palacios de la aristocracia romana* (siete vistas). — *El aviador Rougier. — Enrique Farman en su nuevo biplano. — Ferrocarril de un solo riel. — El nuevo acorazado alemán «Rheinland»*. — *Obras de Olohn Schaeffer* (cuatro reproducciones). — *Fruto prohibido*, cuadro de Teodoro Ralli. — *El notable pintor alemán Olohn Schaeffer. — Buenos Aires. — Plaqueta conmemorativa de la independencia argentina. — París. — Fiesta de la «Mi-Careme»* (dos vistas). — *Llegada del general Marina. — Boda de la señorita Marina* (tres fotografías). — *El príncipe japonés Fushimi y su esposa á la salida de la estación. — Barcelona. Junta directiva de la Sociedad Astronómica. — París* (dos fotografías alusivas á las recientes inundaciones.)

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Nicaragua: la guerra civil: la gestión de México en Washington. — Las concesiones á extranjeros en la América Central: sus ventajas é inconvenientes. — Las concesiones en Honduras: situación actual de esta República, según declaraciones de su presidente. — **Bolivia:** el programa y la obra del nuevo presidente: el problema económico: la inmigración: la industria minera: la reforma monetaria.

Persistía en Nicaragua, en el pasado mes de febrero, la guerra civil entre los dos bandos que aspiran á dominar la República; las provincias del Pacífico y la parte Sur de las del Atlántico (Greytown) reconocían la autoridad del presidente Dr. Madriz; las del Oriente seguían en poder de Estrada, aspirante á la presidencia, con el apoyo de los yanquis.

Mas á juzgar por las últimas noticias, parece que el gobierno de Washington vacila ya en la resuelta actitud que había tomado á favor de Estrada. Notábase un movimiento de opinión contrario al incorrecto proceder del secretario de Estado yanqui, y por otra parte, el gobierno de México, representado por el Sr. Creel, había hecho observar al de Washington la conveniencia de que uno y otro se limitasen, según compromisos anteriores, á lo estrictamente indispensable para restablecer la paz en Nicaragua. Esta había sido la finalidad de la gestión que hizo México respecto á Zelaya y Madriz; igual conducta debían observar los Estados Unidos con relación á Estrada.

Desde el momento en que cualquiera de esas dos potencias, en sus relaciones con las de la América Central, ayuda á una en daño de las otras, ó da su eficaz apoyo á un partido ó á un pretendiente contra el adversario, ya no cumple la noble misión de pacificadora que se ha impuesto; se convierte en un elemento más de discordia.

Se supone que á las hábiles insinuaciones del señor Creel se debe que el gobierno de Washington suspendiera el envío de tropas á Nicaragua.

Cierta conexión hay, y ya en otras *Revistas* se ha señalado, entre estas intervenciones políticas de los yanquis en Centroamérica y la constante influencia económica ó financiera que ejercen mediante las concesiones de obras públicas ó empresas colonizadoras que con tanta facilidad otorgan los gobiernos americanos. Todos ó casi todos los concesionarios

son yanquis ó nacionales que adquieren el derecho para traspasarlo á banqueros ó compañías de los Estados Unidos.

Países pequeños y de recursos escasos, necesitan esas Repúblicas centroamericanas atraerse capitales y pobladores, y abren la mano y dan cuanto se les pide, porque si el concesionario cumple bien y realiza la obra ó empresa que ofreció, será indudable el beneficio para la nación; si no cumple, habrá perdido el capital inicial que empleara y el depósito ó fianza de garantía, sin más perjuicio para la República cuyo gobierno hizo la concesión que continuar careciendo de lo que no tenía, y con la ventaja de haberse aprovechado de lo que aquél gastó ó perdió.

Claro es que hay un peligro, el de los agios ó combinaciones financieras que se amañan para en su día convertir á la República que concedió la obra no realizada en una nación deudora, y conseguir que el gobierno yanqui, como protector de sus ciudadanos en todo el orbe, exija el pago de la deuda. Pero es este un negocio que va siendo demasiado conocido; tiene sus quiebras y de día en día ha de ser más difícil y menos provechoso.

Así, pues, el tal sistema de concesiones á rosos y vellosos trae, en realidad, más ventajas que perjuicios, y lo que hay que lamentar es que gran parte de ellas resulten infructuosas por falta ó culpa de los concesionarios. Refiriéndose á este asunto, una importante publicación de Honduras, la *Revista Económica*, escribe que si sólo la mitad de las innumerables concesiones que se otorgaron en el último decenio á codiciosos agenciadores de negocios se hubieran traducido en realidades, las paralelas de acero se tenderían sobre campos vírgenes, ricos en promesas; el pito de la locomotora entonarían por vez primera el himno del progreso á través de florestas seculares; millares de inmigrantes vivirían en los valles de la Mosquitia aún ocultos á la civilización, y el capital largamente prometido habría levantado establecimientos industriales á orillas de lagos encerrados en regiones tropicales de suprema belleza.

El gobierno de Honduras sigue prodigando con cesiones de ferrocarriles, tranvías, fuerza hidráulica, canalización, etc., y *La Gaceta*, ó sea el periódico oficial de la República, nos trae noticia de ellas, tales como la del muelle de Omoa y el ferrocarril del Chamelecón, la de miles de hectáreas en la Mosquitia entre los ríos Patuca y Segovia, la de instalaciones eléctricas en Puerto Cortés, la de un canal de navegación entre el río Aguan y la bahía de Trujillo y la del servicio de navegación en el lago Yojoa.

Indudablemente, responde esta prodigalidad de concesiones, este afán de hacer llegar de afuera elementos de producción y estímulos que aviven el desarrollo de las riquezas naturales, al estado de atraso y de depresión en que se halla la República de Honduras, y que lealmente confiesa su presidente el Sr. Dávila en el Mensaje dirigido al Soberano Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1910.

Comparando el progreso de Honduras en ciencias, artes y oficios con el de otros países, encuéntrase que dista mucho todavía de alcanzar siquiera la altura en que se halla en los otros pueblos centroamericanos. En materia de instrucción pública, apenas se ha principiado la reforma en la enseñanza primaria, conservando en lo demás la rutina tradicional.

Hay que reconocer que transcurrirán años antes de que Honduras pueda alcanzar el nivel intelectual á que han llegado otras naciones, porque para el desarrollo de las riquezas naturales, fuente de la que hay que esperar los recursos necesarios para la transformación, se opone hasta la posición geográfica de la República, que la envuelve en los conflictos internacionales de sus vecinas.

La agricultura aún está incipiente por falta de escuelas para su enseñanza y de vías de comunicación rápidas y baratas entre los lugares que pueden ser centros productores y las plazas de consumo. Por lo general, los agricultores se conforman con cultivar escasamente lo indispensable para satisfacer en el año sus necesidades personales y de familia.

Desde el punto de vista político, alude Dávila á las amenazas revolucionarias de los enemigos del orden público, más acentuadas desde que estalló la sublevación del general Juan Estrada en Nicaragua, y que motivaron el estado de sitio que se decretó para toda la República de Honduras y que aún sigue, pues hay fuerte oposición en el Congreso contra el actual presidente, cuyos adversarios esperan el triunfo de Estrada para lanzarse á la revolución.

Justo es reconocer que el presidente Dávila, surgido entre lágrimas y sangre de hermanos, tiene razón para declarar, como lo hace, que no ha exprimido y si, antes bien, ha economizado la vitalidad que le queda al país, haciendo de sus dispersos fragmentos un gobierno con atributos de nacional, amigo de

la buena fe y del crédito y netamente hondureño. Pero es difícil, muy difícil, mientras la unión nacional no se logre en Centroamérica, mantener en estas Repúblicas la normalidad y acabar con revoluciones y guerras civiles engendradas por ese mezquino espíritu de bandería y caudillaje que es el alma de los enfáticos partidos que allí turnan en el poder, mejor dicho, que lo conquistan y lo pierden alternativamente, sin más resultado que la anarquía en lo político y en lo social.

El nuevo presidente de Bolivia Sr. Villazón va cumpliendo, en lo posible, el programa de gobierno que presentó al Congreso nacional al tomar posesión de la suprema magistratura de la República.

En los días que vivimos, los buenos estadistas prescindían de discursos, de promesas y de teorías abstractas. La acción de los gobiernos tiene que ser positiva, es decir, traducirse en hechos; toda su atención ha de recaer en las cuestiones de actualidad y en las obras de carácter urgente, susceptibles de ejecutarse en un tiempo inmediato. En tal inteligencia, y liquidadas como están ya las más de las diferencias internacionales, el Sr. Villazón atiende preferentemente al problema de momento, que es el económico en todos sus aspectos, comercial, industrial y financiero. Hay que desarrollar la riqueza pública y aumentar las rentas nacionales.

Cuenta Bolivia con productos naturales abundantes; pero apenas están explotados á causa de las dificultades procedentes de la situación geográfica y de la falta de vías de comunicación. El transporte es costosísimo y está limitado á los artículos de más alto precio, como la plata, el estaño, el cobre y la goma. Las demás riquezas, que en otros Estados tienen valor, en Bolivia nada significan.

El problema se reduce, pues, á exportar aquellos productos con el menor costo posible y en la cantidad máxima que los ofrezca el país. Para este fin, el gobierno pone el mayor empeño en que se construyan las vías férreas que están contratadas, exige el cumplimiento de los tratados vigentes con el Brasil y Chile para que se lleven á término el ferrocarril Madera-Mamoré y el de Arica á La Paz, y gestiona con el Sindicato de Fomento del Oriente boliviano para que cumpla sus compromisos con relación á la línea de Puerto Suárez á Santa Cruz.

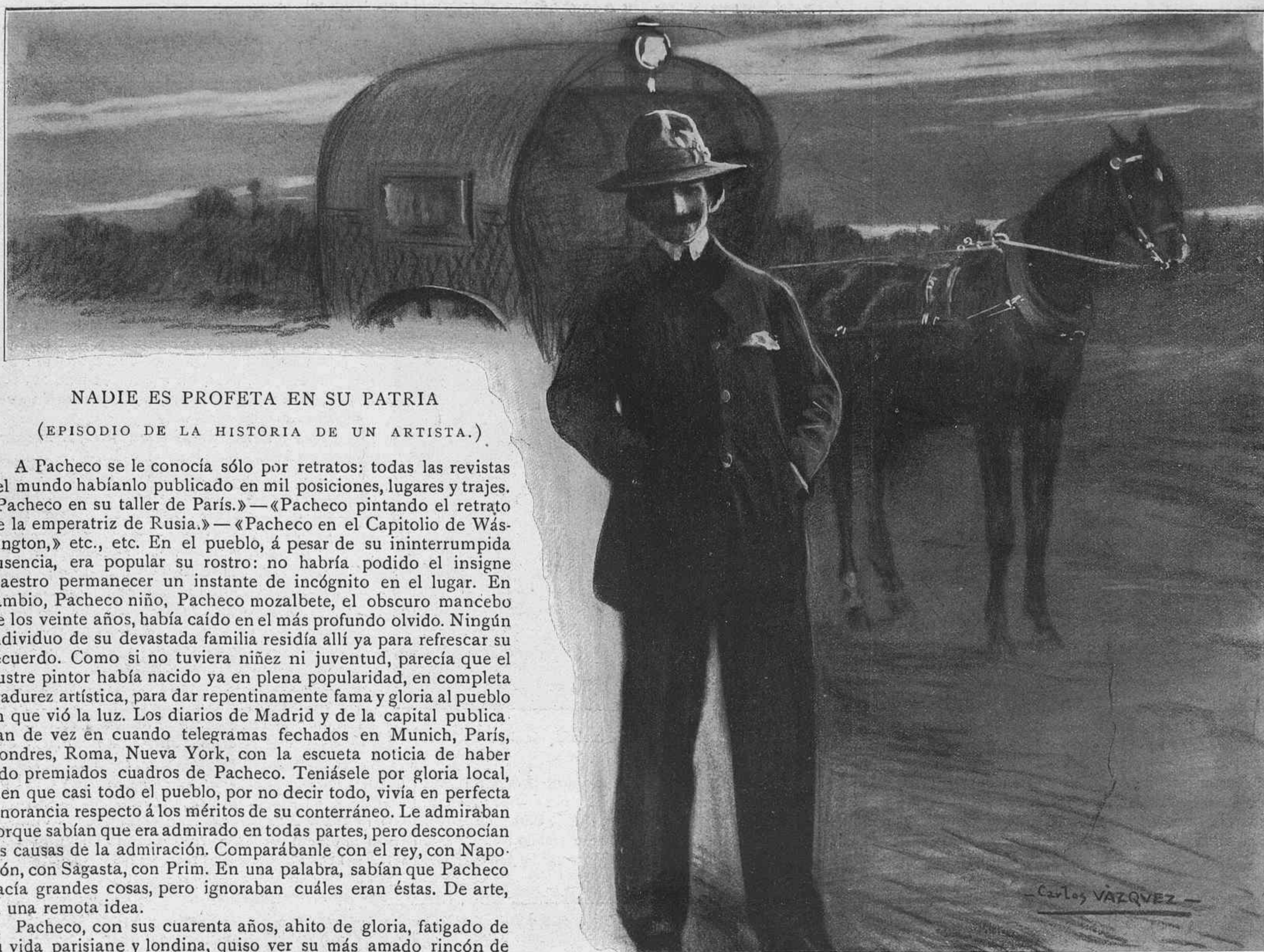
La República necesita mayor población de la que actualmente tiene y se piensa constantemente en atraer inmigrantes. El único medio eficaz de llevar á la práctica esta aspiración, común á los Estados de América, es la venta y adjudicación de tierras; se trata, pues, de otorgar concesiones por ventas al contado ó á plazo á los colonos que quieran establecerse.

Díctanse también medidas encaminadas al fomento de la agricultura y la ganadería; pero la industria que merece la mayor protección de los poderes públicos es la minera, que desde la fundación de la República ha sido la base de la vida económica de Bolivia. Es la que principalmente sostiene el comercio, estimula la agricultura y da ocupación á innumerables brazos; es también la fuente de que directa ó indirectamente provienen las rentas del Estado. Convencido de ello, el Sr. Villazón se propone dar á este ramo el mayor impulso, fomentando la importación de capitales y la fundación de nuevas empresas con una propaganda eficaz de la riqueza de los filones y abundancia de las minas.

Y ahora importa mucho poner en acción los medios que sirvan para realizar esos propósitos, porque el país está sufriendo crisis económica y financiera. Los ingresos han disminuído considerablemente, los deudores no responden á sus obligaciones y falta capital para todas las empresas. Causa de ello fué la crisis de 1908 en los Estados Unidos, cuyas consecuencias se hicieron sentir inmediatamente en Bolivia. La situación difícil que entonces se creó se está modificando; pero como no ingresan en la República los capitales necesarios, el gobierno apela al crédito y busca dinero en los mercados extranjeros. Ya en el pasado año se realizó una importante operación de crédito nacional con la colocación de un empréstito de 500.000 libras esterlinas, y se puso en vigencia la trascendental reforma del régimen monetario. (La unidad monetaria es el peso boliviano oro, de 40 centavos oro americano, ó sea 12'50 bolivianos por libra esterlina.)

Como decía el ministro de Hacienda en su última Memoria, la consolidación y el éxito definitivo de la reforma dependen de las disposiciones que el Poder legislativo dicte para completar la legislación monetaria del país y del curso que tomen los fenómenos económicos en la República.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



NADIE ES PROFETA EN SU PATRIA

(EPISODIO DE LA HISTORIA DE UN ARTISTA.)

A Pacheco se le conocía sólo por retratos: todas las revistas del mundo habíanlo publicado en mil posiciones, lugares y trajes. «Pacheco en su taller de París.» — «Pacheco pintando el retrato de la emperatriz de Rusia.» — «Pacheco en el Capitolio de Washington,» etc., etc. En el pueblo, á pesar de su ininterrumpida ausencia, era popular su rostro: no habría podido el insigne maestro permanecer un instante de incógnito en el lugar. En cambio, Pacheco niño, Pacheco mozalbete, el obscuro mancebo de los veinte años, había caído en el más profundo olvido. Ningún individuo de su devastada familia residía allí ya para refrescar su recuerdo. Como si no tuviera niñez ni juventud, parecía que el ilustre pintor había nacido ya en plena popularidad, en completa madurez artística, para dar repentinamente fama y gloria al pueblo en que vió la luz. Los diarios de Madrid y de la capital publicaban de vez en cuando telegramas fechados en Munich, París, Londres, Roma, Nueva York, con la escueta noticia de haber sido premiados cuadros de Pacheco. Teníasele por gloria local, bien que casi todo el pueblo, por no decir todo, vivía en perfecta ignorancia respecto á los méritos de su conterráneo. Le admiraban porque sabían que era admirado en todas partes, pero desconocían las causas de la admiración. Comparábanle con el rey, con Napoleón, con Sagasta, con Prim. En una palabra, sabían que Pacheco hacía grandes cosas, pero ignoraban cuáles eran éstas. De arte, ni una remota idea.

Pacheco, con sus cuarenta años, ahito de gloria, fatigado de su vida parisiana y londina, quiso ver su más amado rincón de patria, como huyendo del ruido para sentir el reposado calor del terruño materno. Al anuncio de su viaje, el alcalde, impulsado por el maestro y el veterinario, convocó al Concejo, y en sesión extraordinaria acordóse recibir al pintor con música contratada en la capital, poner su nombre á la primera calle que se abriera (las existentes todas llevaban nombres de personas vivas), celebrar un banquete en el Consistorio, y á la llegada del viajero, realizar un homenaje en plena plaza, ante un tablado erigido al efecto.

Y llegó el día. Pacheco, con su secretario y discípulo predilecto, viajeros en modesta tartana, oyeron los acordes de la marcha real apenas franqueado el término municipal, y poco después, el pueblo en masa con sus autoridades al frente dió la bienvenida al ilustre paisano. No pareció bien á la muchedumbre que Pacheco vistiera un sencillo traje gris y un sombrero blando: decreció con ello la altura del personaje, porque esperábase verle con levita y chistera, como se presentó el señor gobernador las contadas veces que por allí pasó. Dicho antes queda que salvo el maestro, el veterinario y contadas personas más, se ignoraba en el pueblo cuáles eran las habilidades que convirtieron en celebridad á Pacheco; y aun muchos lugareños no creían en la fama y méritos de su paisano como éste no diera públicas pruebas de una y otros, no faltando quien se preguntaba qué haría el célebre cuando tales pruebas se le exigieran.

Este era el estado de los ánimos al llegar el insigne artista á la plaza de la Villa, donde hubo de subir los escalones de una plataforma que igual sirviera de patíbulo que para jurar la Constitución. Aparte el festejado, sus íntimos, el alcalde y el secretario, á nadie permitióse el acceso á la plataforma. Un pequeño dosel la cubría formado con varias barras de hierro adornadas con flores y ramaje. El pueblo en masa apiñábase ante el glorificado, y balcones y ventanas rebosaban gentío. A una señal del alcalde calló la banda, y la primera autoridad local dió tres vivas á Pacheco, frenéticamente contestados por la muchedumbre. Entonces el viajero expresó en breves frases la gratitud al pueblo que le vió nacer, y después de vitorearlo disponíase á descender de la plataforma, cuando una, diez, cien voces gritaron:

—¡No, no!.. ¡Que no baje!..

Quedóse suspenso Pacheco y miró al alcalde como preguntándole si aún faltaba algún detalle en la ceremonia. Pero el monterilla parecía tan sorprendido como el pintor. De pronto una voz gritó:

—¡Que haga algo!..

Y cien voces más atronaron el espacio repitiendo:

—¡Sí, sí!.. ¡Que haga algo!..

Pacheco interrogó anheloso á los dos ó tres amigos que le rodeaban qué significaba aquel vocerío. Nadie le contestó.

—¡Que haga algo!.., exigía amenazadora la multitud.

El insigne viajero, aunque se encogió de hombros, palideció levemente. Luego volviéndose al alcalde y le preguntó:

—Pero ¿qué quieren que haga si yo sólo sé pintar y no me he traído ni un pincel?

Ni el más leve rumor llegaba hasta allí

La autoridad popular vaciló un momento y trató de dirigir la palabra al público, pero apenas lo intentó ahogóse su voz en una tempestad que repetía el mismo invariable grito: «¡Que haga algo!..»

Adquiría el escándalo aires de revolución: el alcalde no disponía de otra fuerza pública que un alguacil y dos serenos; y los mejores amigos de Pacheco palidecían más á cada instante. No hay fiera en los bosques africanos más temible que una multitud inconsciente metida en un empeño. Ruge, zarpea, muerde, destroza cuanto se opone á su objeto. Aquellos lugareños hubieran llegado al crimen por lograr que *hiciera algo* el infeliz Pacheco. Así lo comprendieron sus pocos amigos y no hallaron otra solución que *hacerle hacer algo*, como decía el pueblo soberano; pero ninguno se atrevía á proponérselo al sordamente indignado artista. Por fin el veterinario formuló la proposición:

—Amigo Pacheco, hay que hacer algo. Si no, nos matan.

—¿Tú también?.., balbuceó en voz baja Pacheco.

—Te juegas la cabeza, insistió el maestro de escuela. ¿Sabes algo de prestidigitación?, añadió.

—¡Qué he de saber!.., bufaba colérico el desventurado Pacheco.

Y agregó:

—Pero ¿es posible esto?

Y el griterío crecía incesante.

—Tan posible, afirmó el maestro de escuela, que conocía á su gente como nadie. Créeme, apoyó, canta algo.

—¡Pero si no he cantado jamás!, mascullaba frenético el pintor.

Alguien insistió en lo de la prestidigitación. Pacheco se desesperaba.

—Pues no hay tiempo que perder, dijo resuelto el veterinario. Haz algún ejercicio gimnástico; una contracción ó dos en esa barra de hierro.

Y le indicó una horizontal, de las que constituían el dosel.

Pacheco quedóse inmóvil y miró á la barra.

—¡Que haga algo!, seguía bramando el pueblo como cuando pide caballos en los toros.

—¡Es irremediable!, dijo con misericordia el dómine.

Y entonces, ¡oh sublime momento!, como quien fuera á ahorcarse á viva fuerza, el insigne Pacheco, la mundial eminencia, el pintor único, agarróse resignado á la barra de hierro é hizo trabajosamente tres contracciones, acallando por un momento, sólo por un momento, las iras estruendosas de la muchedumbre. Rendido por aquel esfuerzo, inaudito en él, descolgóse, jadeante, de la barra.

La fiera pueblo revolvióse airada.

—¡Eso lo sabemos hacer todos!.. ¡Mos han engañau!.. ¡Que se marche!.. ¡Fueraaa!.. ¡Eso lo hace cualquiera!..

Los gritos eran ensordecedores. Lejos de haberse calmado la plebe con las contracciones de Pacheco, parecía más exaltada. La multitud avanzó iracunda

sobre la plataforma. Y mientras el alcalde, vara en alto, intentaba detener la avalancha, el insigne Pacheco saltó por la parte posterior del tablado, seguido de su aterrado secretario, y á todo el correr de sus piernas llegaron adonde estaba la tartana que los trajo. Faltaba el tartanero, que sin duda también figuraba en el tumulto. Pero Pacheco, sin vacilar, apoderóse de las riendas, hostigó ferozmente al caballo, arreó por la carretera adelante y dejó atrás los gritos y piedras con que en vano pretendían alcanzarle sus paisanos. Una hora después, para descansar al noble bruto, menos bruto que los conterráneos de Pacheco, detúvose la tartana en la solitaria carretera. Ni el más leve rumor llegaba hasta allí. Parecióle un sueño á Pacheco aquel tranquilizador silencio. Anochece. El sol, entre rojos nubachos, poníase tras el horizonte.

Y en aquella arrobadora calma, el gran artista entonó mentalmente un himno á la Gloria y otro á la Popularidad.

FERNANDO PERIQUET.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

ROMA.—TRANSFORMACIÓN DE LOS MONUMENTALES PALACIOS ARISTOCRÁTICOS.

(Véase la lámina de la página 173.)

Cuarenta años se cumplirán dentro de poco de la entrada de las tropas italianas en la Ciudad Eterna, y en este tiempo la vida de la antigua sociedad romana ha sufrido grandes transformaciones.

Los defensores del poder temporal de los papas, los descendientes de las familias de la nobleza pontificia, han ido poco á poco mirando con menos hostilidad á los que un día fueron sus enemigos, á los invasores, y dejando á un lado la cuestión de principios, han salvado la distancia que separa el grave palacio del Vaticano de la sonriente colina en que se alza el Quirinal.

Este movimiento de adaptación de la llamada

constantemente cerradas sus puertas y ventanas, después las puertas se abrieron y finalmente abriéronse las ventanas también.

«siglo mercantil,» bien que procurando salvar la apariencias.

Mas á pesar de todas sus precauciones para cubrir las, no ha podido evitar que algún signo exterior delatara, en muchos casos, más ó menos francamente, el resultado de la adaptación.

Las siguientes descripciones, justificadas por las fotografías de la página 173, lo demostrarán.

El *palacio Salviati*, construído por Rinaldi, que perteneció á Luis Bonaparte, padre de Napoleón III, y luego á la reina de Cerdeña, ha conservado enteramente su aspecto exterior, pero al lado de sus ventanas se ven las vitrinas de un *comerciante de estampas y oleografías*.

El *palacio Chigi*, comenzado en 1562 por Della Porta y terminado en 1630 por Della Greca, y en cuyo interior hay una biblioteca rarísima y un museo fundados por Alejandro VI, tiene en el primer piso la *embajada de Austria* y en los bajos un *banco de cambio* y un *café bar*.

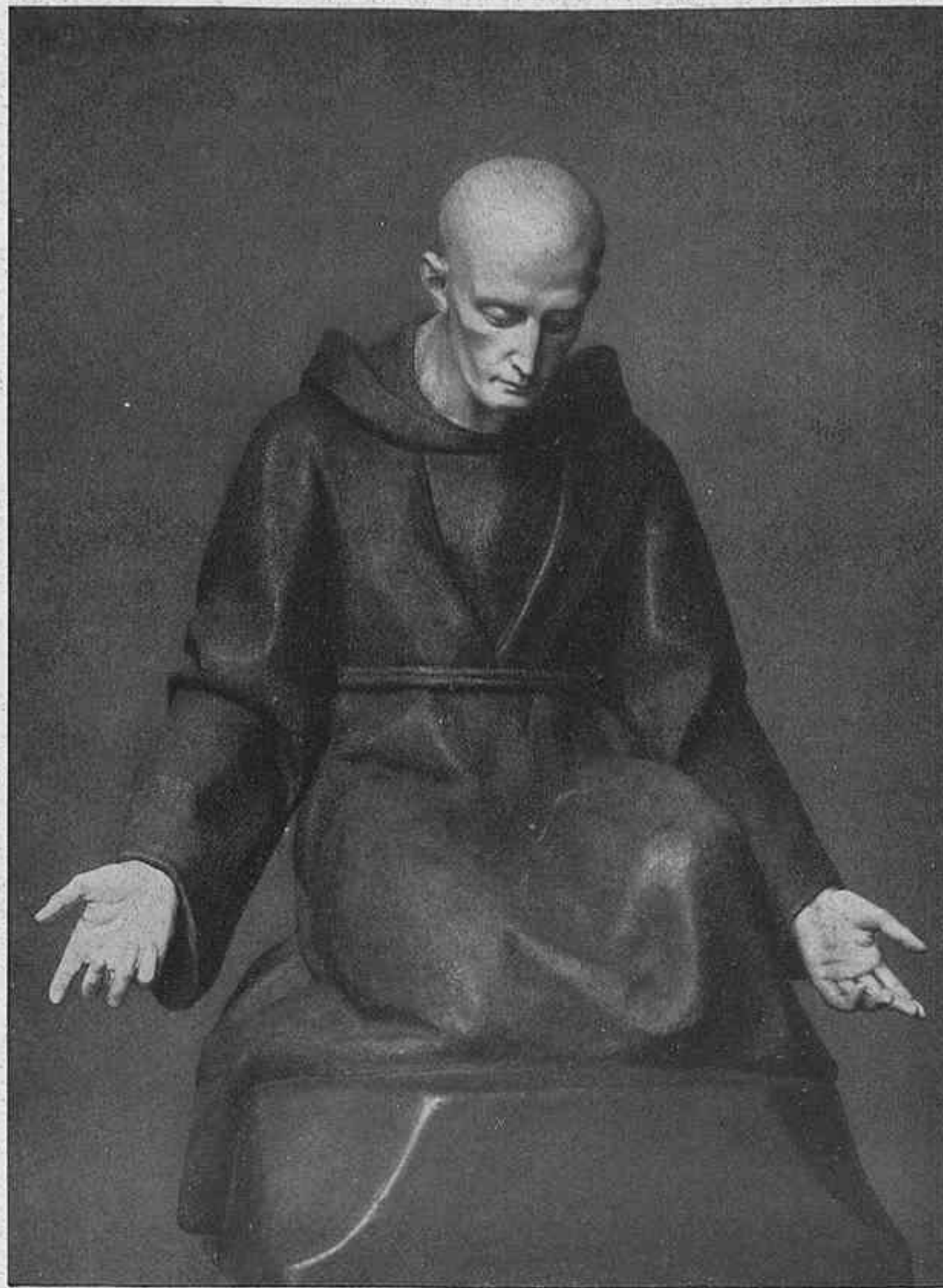
El *palacio Bonaparte* (antes Rinuccini), construído por J. A. De Rossi, en donde habitó durante mucho tiempo y murió en 1836 Letícia, la madre de Napoleón I, tiene ocupada toda la planta baja por una *tienda de sastrería*.

El *palacio Borghese*, comenzado en 1510 por Martín Lunghi y terminado en tiempo de Paulo V, que lo dió á sus hermanos, alberga hoy en su primer piso á un *marchante de cuadros y de objetos de arte antiguos*.

El *palacio Torlonia*, situado en el Corso, ha sido enteramente reformado por el *Crédito Italiano*, que lo ocupa con sus oficinas y ha cedido una parte de él á la *Agencia para el movimiento de extranjeros*.

En el *palacio Sciarra Colonna*, obra de Flaminio Ponzio, de estilo Renacimiento, hay, en los bajos, las *oficinas de un diario* y en el primer piso la *Caja Nacional de Previsión*.

El *palacio Ruspoli*, edificado en 1586 por el arquitecto Ammannati y que es célebre por su gran escalera de 115 escalones de precioso mármol, ostenta en



Juan el Parricida, duque de Suabia, escultura de José Moest

Y no es de extrañar que por aquellas aberturas la especulación penetrase en los palacios de una ciudad que había visto aumentar, desde 80.000 apenas, á más de medio millón el número de sus habitantes. La aristocracia se ha resistido cuanto ha podido;



Sagrada Familia, cuadro de Luis Feldmann. (Exposición de Arte Cristiano, Dusseldorf, 1.909.)

aristocracia «negra» ha ido siempre acompañado de las transformaciones sucesivas de sus señoriales mansiones; en los primeros tiempos, los palacios tenían

pero siendo cada día la vida más cara y mayor el lujo, al fin ha tenido que abrir los palacios de sus antepasados á los comercios y á las industrias del

su fachada las vitrinas de un *fotógrafo*, y cerca de la puerta lateral se ve un *almacén de pianos*.

CARLOS ABENIACAR.

ROMA.—TRANSFORMACIÓN COMERCIAL DE LOS PALACIOS DE LA ARISTOCRACIA ROMANA



Palacio Salviati.



Palacio Chigi.



Palacio Bonaparte. (antes Rinuccini)



Palacio Borghese.



Palacio Torlonia.



Palacio Sciarra-Colonna.



Palacio Ruspoli.

(Fotografias de Carlos Abeniacar.)



DE AVIACIÓN.—ROUGIER VUELA SOBRE EL MAR, EN MÓNACO
FARMAN, EN UN NUEVO BIPLANO, BATE EL RECORD DE LOS PASAJEROS

El aviador Rougier, que el día 3 de los corrientes efectuó el primer vuelo sobre el Mediterráneo en su biplano Voisin.

Rougier, el héroe del *meeting* de Heliópolis, ha realizado últimamente, el día 3 del actual, una nueva proeza en Mónaco, ejecutando un admirable vuelo sobre el mar. Dispuesto el biplano Voisin en el muelle, tomó el aparato impulso, y después de una carrera de 60 metros se elevó en el aire, ganando cada vez mayor altura y dirigiéndose mar adentro. Cerca de Cabo Martín hizo una virada, pasó por encima del Tiro de Pichón, viró nuevamente sobre el puerto, volvió a lanzarse hacia el mar y al fin regresó al muelle.

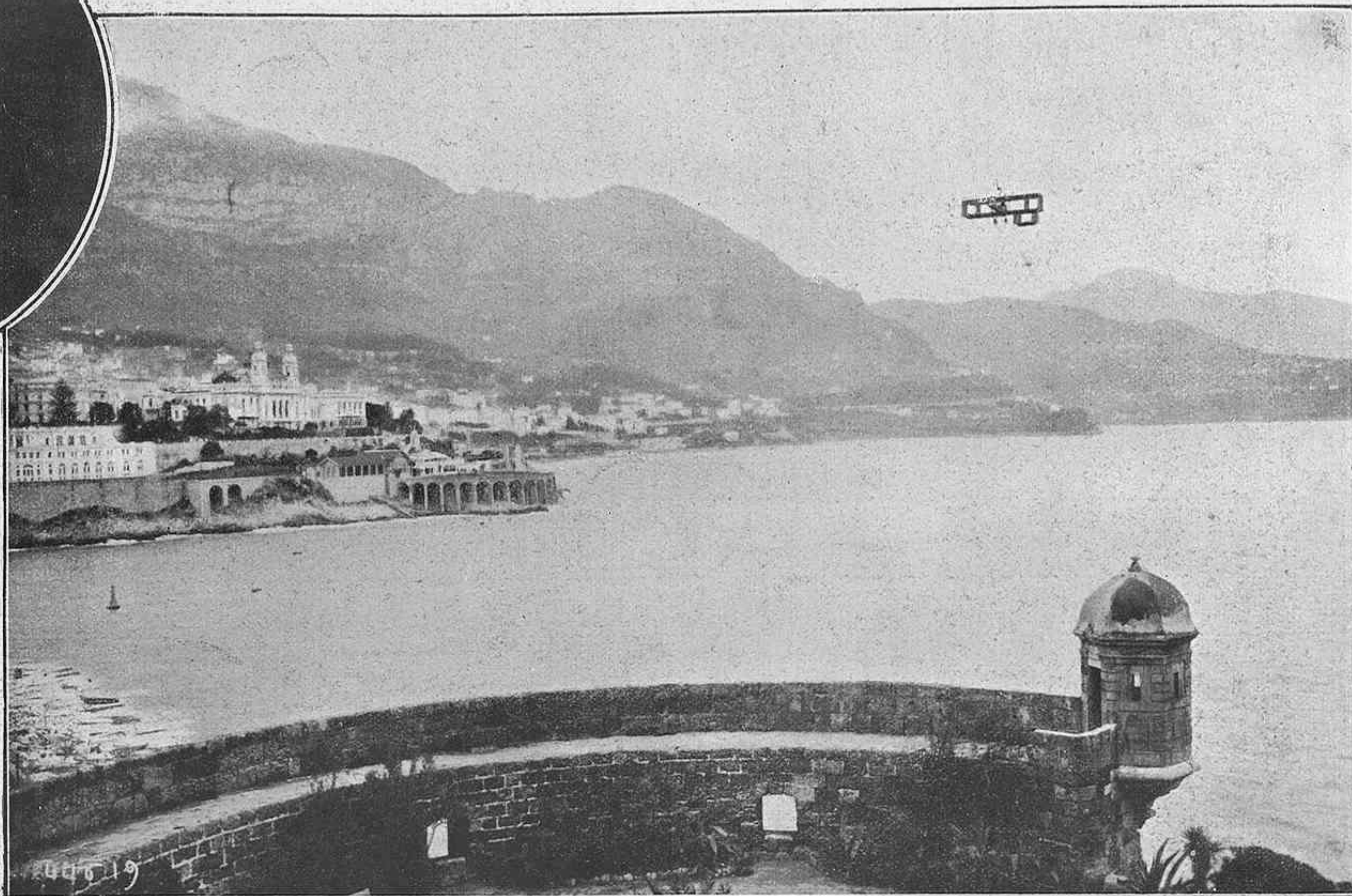
El descenso del aviador inspiraba cierta inquietud al público, porque el muelle es corto y sobre todo estrecho, y, por consiguiente, cualquiera desviación podía ser funesta para el aviador; pero Rougier, con admirable destreza, descendió en el muelle mismo.

Entonces la multitud hizo al aviador una ovación entusiasta, invadiendo el muelle, mientras Su Alteza el príncipe de Mónaco y todos los *sportmen* presentes felicitaban calurosamente a Rougier.

Para presenciar aquel vuelo habían acudido a Mónaco más de veinte mil personas, y durante el mismo suspendieron las tiradas en el Tiro de Pichón.

La hazaña de Rougier reviste gran importancia, porque, tal como se ha efectuado, demuestra que en un puerto bloqueado por una escuadra enemiga puede un aeroplano partir de un muelle de poca extensión y escasa anchura y cernerse a más de cien metros de altura, observando cómodamente los movimientos de los buques de aquella y regresando sin ninguna dificultad al punto de partida. Con razón, pues, dijo el príncipe Alberto que el experimento llevado a cabo por Rougier marcaba un nuevo y decisivo paso en los progresos de la aviación.

A los dos días S. A. invitó a su mesa al aviador y al señor

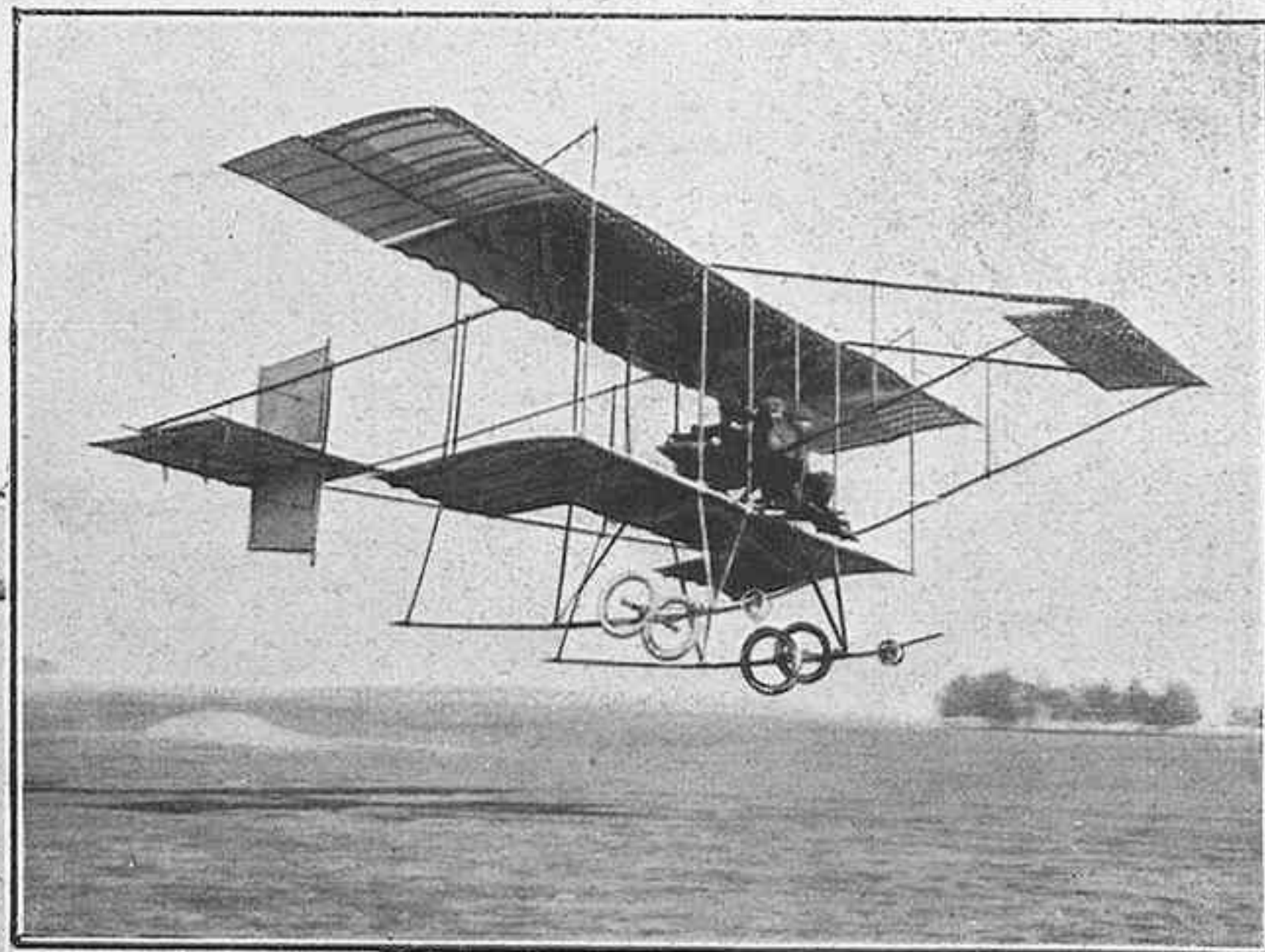


Rougier evolucionando en el aire sobre la bahía de Mónaco después de haber pasado por el Tiro de Pichón y el Casino de Monte Carlo. (De fotografías de M. Branger.)

Para conmemorar tan importante vuelo se acuñarán cuatro planchitas que serán entregadas a los Sres. Rougier y Voisin y a los dos mecánicos Dehón y Plat.

Si grande es el entusiasmo producido en el mundo de la aviación por la hazaña de Rougier en Mónaco, no lo es menos el que ha causado la de Enrique Farman, realizada dos días después en Mourmelon-le-Grand. El famoso aviador, después de algunos ensayos preliminares de su nuevo biplano, invitó a subir a éste al Sr. Hewardson y a la señora de Franck, que ya el día anterior le habían acompañado en una corta excursión aérea. Inmediatamente se elevó, y maniobrando con facilidad y seguridad admirables por encima de los cobertizos de aquel campo de

ble, pero al final levantóse un viento fortísimo que, después de haberle dado ocasión de demostrar la maestría con que domina su aparato, le obligó a tomar tierra cuando aún le quedaban sesenta litros de esencia.



Enrique Farman y sus compañeros en el aire durante el vuelo en que batió el «record» de los pasajeros. (De fotografías de M. Ról.)



Mourmelon-le-Grand.—Enrique Farman, en su nuevo biplano, en el que batió el record de los pasajeros volando con el Sr. Hewardson y la Sra. de Frank durante más de una hora

Voisin, constructor del aparato tripulado por Rougier y cuyo nombre hállase asociado a todos los adelantos conseguidos en la conquista del aire.

aviación, permaneció en el aire una hora y dos minutos y efectuó su descenso con incomparable destreza. Al principio de su vuelo el aviador tuvo un viento favora-

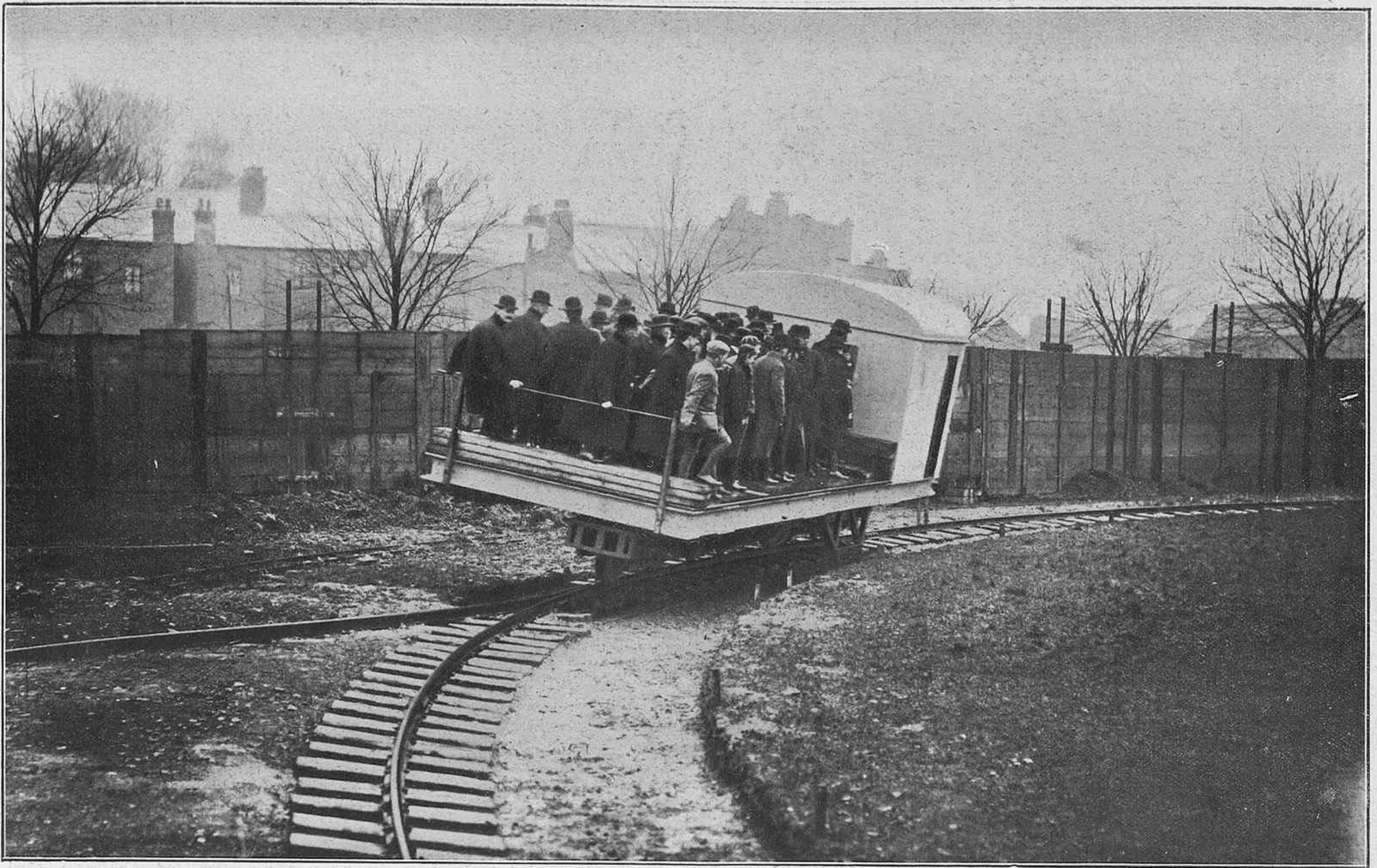
ble, pero al final levantóse un viento fortísimo que, después de haberle dado ocasión de demostrar la maestría con que domina su aparato, le obligó a tomar tierra cuando aún le quedaban sesenta litros de esencia.

El aparato con que Farman ha ejecutado ese vuelo es un biplano de tipo nuevo, en el que se combinan todas las características esenciales del biplano y del monoplano. El plano superior tiene mucha mayor superficie que el inferior y la cola se acerca más al tipo monoplano; en cambio, la máquina tiene, como en los modelos anteriores, dos aletas.

El nuevo Farman tiene 10 metros de largo, 10'50 de ancho y una superficie de 38 metros cuadrados, y va provisto de un motor Gnome.

El aviador que había construido el aparato, guardando sobre él el mayor secreto, lo presentó por vez primera a un corto número de espectadores el día 4, efectuando en él la corta excursión aérea a que antes nos hemos referido y que fué de 16 minutos y 30 segundos y de una extensión de 20 kilómetros.

El nuevo biplano Farman vuela a una velocidad de más de 70 kilómetros por hora. La prueba de esta velocidad pudo adquirirse fácilmente; cuando el aparato volaba a toda marcha, otro aviador, el Sr. Vandenberg, subió en el suyo é intentó darle caza; pero a pesar de su maestría no pudo conseguir su objeto, y antes al contrario vióse cada vez más distanciado por el otro. —S.



Ferrocarril de un solo riel inventado por Mr. Brennan y ensayado recientemente con gran éxito en Gillingham (Inglaterra)
(De fotografía de «Sport & General.»)

FERROCARRIL DE UN SOLO RIEL

Mr. Luis Brennan, el inventor del torpedo que lleva su nombre, ha inventado recientemente un ferrocarril de un solo riel.

En el número 1.457 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á propósito de otro invento análogo debido á Augusto Scherl, dijimos algo del ferrocarril de mister Brennan y dimos cuenta de los ensayos que, con éxito excelente, se habían efectuado de él en Gillingham; pero los ensayos á que entonces nos referíamos habían sido de importancia relativamente pequeña.

En cambio, los realizados durante la última semana en aquel mismo sitio han sido realmente concluyentes y en ellos se han probado las grandes ventajas y la mucha utilidad práctica de este sistema de ferrocarril.

Presenciaron las pruebas más de 250 personas y ante ellas funcionó admirablemente el vagón que, llevando gran número de pasajeros, corrió á razón de veinte millas por hora, salvando con la mayor facilidad curvas hasta de doce metros de radio.

El vagón, de 22 toneladas de peso, que se utilizó para aquellos ensayos, tiene trece metros de largo, tres de ancho y cuatro de alto, puede llevar una carga de cincuenta

toneladas y es movido por dos aparatos de petróleo acoplados en un generador eléctrico de 80 caballos de fuerza.

El mecanismo por medio del cual se consigue la estabilidad del vagón consiste en dos ruedas giroscópicas que giran en sentido opuesto y á razón de 3.000 revoluciones por minuto.

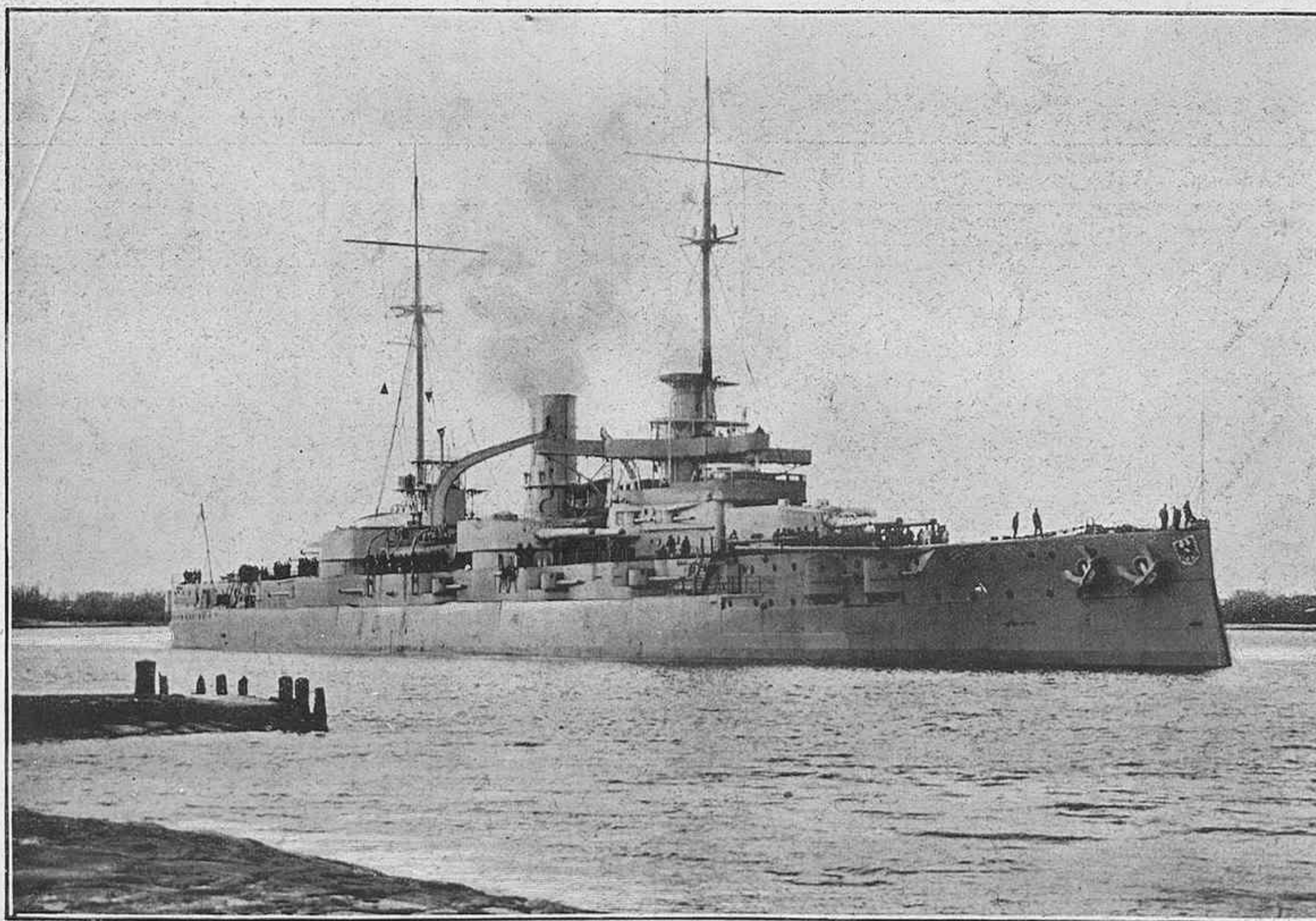
En opinión de los hombres de ciencia que asistie-

EL NUEVO ACORAZADO ALEMÁN «RHEINLAND»

Alemania no ceja en sus propósitos de llegar á ser en el mar una nación tan poderosa como lo es en tierra, y al efecto continuamente construye nuevas unidades navales.

La más reciente de éstas, que ha sido lanzada al agua el día 3 del corriente en Schwinemunde, es el acorazado *Rheinland*, hoy por hoy el buque de guerra más poderoso de la armada alemana. El nuevo barco tiene más de 20.000 toneladas, navega á una velocidad de veinte millas por hora, y su armamento se compone de doce cañones de 28 1/2 centímetros colocados en las seis torres giratorias que hay encima del puente; de diez cañones de 17 1/2 instalados debajo de cubierta y de otros veinte de distintos calibres.

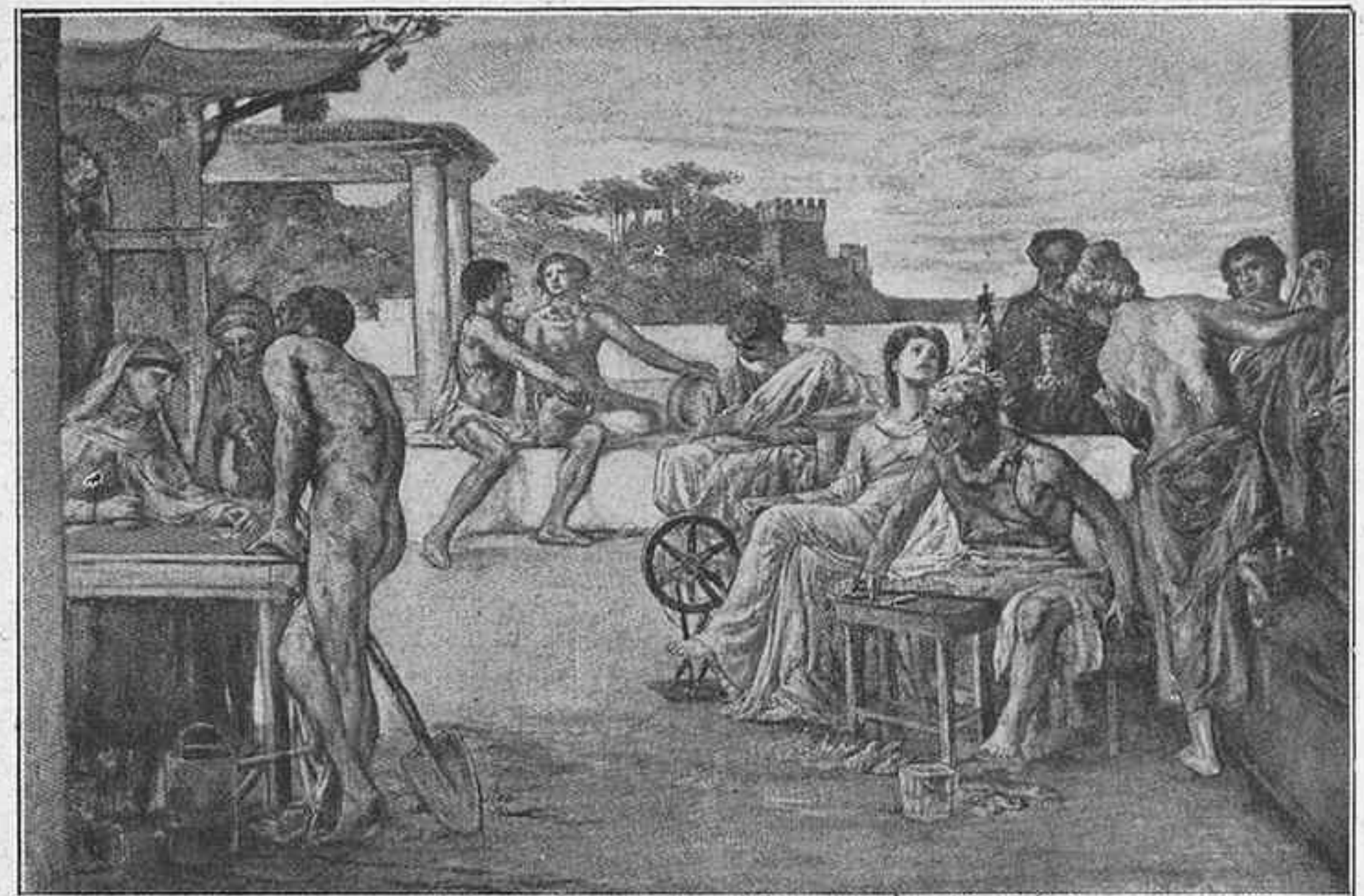
El *Rheinland* ha sido construído en los astilleros Vulcano de Stettin y su traslado á Schwinemunde ha exigido grandes trabajos, pues el río Oder, por donde ha sido remolcado, no tenía profundidad bastante. Para salvar este inconveniente hubo que disminuir el calado del buque, lo que



El nuevo acorazado alemán «Rheinland», el mayor buque de la armada alemana, lanzado al agua en Schwinemunde el día 3 de los corrientes. (De fotografía de Carlos Tran pus.)

ron á las pruebas, el invento de Mr. Brennan está llamado á producir una verdadera revolución en la ingeniería ferroviaria.

se consiguió mediante diques flotantes puestos á los lados del mismo y grandes maderos que unían los diques á la cubierta.



El rapto de Europa. — Bacanal. — La Industria. — Boceto de friso para la estancia de la gran duquesa de Hesse, en la Torre del Himeneo de Darmstadt



FRUTO PROHIBIDO, cuadro de Teodoro Ralli

OTÓN SCHAEFFER

Este notable pintor alemán, hijo del profesor de Historia de Arte Dr. Jorge Schaeffer, nació en Darmstadt en 1888. Familiarizado desde niño con las obras de los grandes maestros de la antigüedad, de las que su padre poseía una hermosa colección, perfeccionó sus conocimientos artísticos primero en Italia y luego en Munich, adonde fué en 1888 y en donde ha residido hasta 1908 y producido casi todas las hermosas telas que tanta y tan legítima fama le han conquistado.



El notable pintor alemán Otón Schaeffer, autor de los cuadros reproducidos en la página 176

El arte de Schaeffer nos eleva á las regiones en donde imperan las formas puras, y en todos sus cuadros aparece ennoblecido el cuerpo del hombre y aun el de los animales, cuya belleza ornamental hace resaltar presentándolos en sus más variados movimientos. Las líneas de sus pinturas son de una armonía no interrumpida; sus composiciones están construídas como verdaderos poemas sinfónicos, se adaptan admirablemente á los espacios que han de llenar, y en ellas la figura humana se compenetra perfectamente con la naturaleza que la rodea.

Para conseguir este resultado ayúdale el dominio que tiene del dibujo y del color.

Entre sus obras más importantes merecen especial mención las pinturas murales que ha ejecutado en el palacio del gran duque de Hesse.

PARÍS. — LA «MI-CAREME»

El día 3 de los corrientes celebróse en París, con la pompa de costumbre, la *Mi-Carême*, organizada por el comité de las Fiestas parisienses.

Poco antes de la una púsose en marcha el cortejo, que se

los Comités y de los Sindicatos, la cabalgata histórica de *París al través de los tiempos*, el grupo de la Asociación de los estudiantes de Francia, el Club latino con el cortejo del *París latino en la Edad media* y otros varios grupos; luego la reina cheque, señorita Ruzena Brazova, bellísima con su traje nacional, rodeada de sus señoritas de honor, en un coche lleno de flores; más músicas, y por último, en medio de una escolta de señores y jinetes, el carro de la Reina de las Reinas, construído por el Sr. Walles, decorador de la Opera Cómica, que representaba el caballo Pegaso arrastrando á la juventud á la conquista del aire. En lo alto de aquella artística carroza ergúbase la arrogante figura de la hermosa soberana de un día, la señorita Elisa Gaillard, con su manto de corte de terciopelo azul y luciendo en el pecho la banda azul y encarnada, de los colores de la ciudad de París.

En la Casa Consistorial las dos reinas fueron recibidas por el Consejo Municipal; el síndico les entregó artísticas joyas y la corporación les ofreció un champaña de honor. Desde allí dirigióse el cortejo al Palacio del Elíseo, en donde el señor Ramondou, secretario general de la presidencia, saludó á la Reina de las Reinas en nombre del Sr. Fallieres y le hizo entrega de una valiosa joya.

Después de recorrer los bulevares y de visitar al prefecto de policía Sr. Lepine, la comitiva se disolvió delante de la iglesia de Nuestra Señora.

Como es de suponer, las vías por donde pasó el cortejo estaban llenas de una multitud inmensa que aclamó á las reinas y aplaudió y celebró las carrozas, notables todas, unas por el arte y riqueza con que estaban hechas y otras por la intención de los asuntos cómicos que representaban.

BUENOS AIRES

PLAQUETA ARTÍSTICA

La importante Fábrica Nacional de Medallas de C. y A. F. Rossi, de Buenos Aires, ha acuñado, por encargo del comerciante de aquella ciudad don Juan Canter, la plaqueta artística que adjunta reproducimos y que está dedicada á conmemorar el centenario de la independencia argentina.

En el anverso, una figura de hombre vigorosamente modelada simboliza el Progreso; el gorro frigio, que es uno de los emblemas del escudo de aquella nación, y la palabra *Patria*, completan la bellísima alegoría. En el reverso se leen los nombres de los ilustres San Martín, Belgrano, Pueyrredón, Moreno, Rivadavia y Mitre, dos estrofas del himno nacional argentino y las dos fechas 1810-1910.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en *Romea May se fa tard si el cor es jove*, comedia

tavio Mirbeau, traducida del francés por Carlos Costa; y en el teatro Granvía *La presé de Xauxa*, zarzuela en un acto, letra de Apeles Mestres, música del maestro Borrás de Palau, y *La festa major*, zarzuela en un acto de Luis Manau Avellanet, música del maestro Casiano Casademunt.

En el *Palau de la Música Catalana* se ha dado el sexto y último concierto de la serie de los cuaremales; la *Sinfonía en sol* de Mozart, el poema de Strauss *Vida de un héroe*, *La casa* y *La tempestad* de *Los Troyanos* de Berlioz, y el *Alleluia* del oratorio de Hændel, *El Mestas*, que formaron el programa, fueron admirablemente interpretados por la orquesta y por los coros del «Orfeo Catalá» bajo la respectiva dirección de los maestros André y Millet, á quienes el público tributó grandes aplausos.

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Cassandra*, drama en cuatro actos del Sr. Pérez Galdós; en



Buenos Aires.—Plaqueta conmemorativa de la independencia argentina, acuñada en los talleres de C. y A. Rossi por encargo del comerciante bonaerense D. Juan Canter.

Lara *Las figuras del Quijote*, comedia en dos actos y en verso de Carlos Fernández Shaw; en la Comedia (Teatro de Niños) *La cabeza del dragón*, obra en dos actos del Sr. Valle Inclán; en Martín *Gracia y justicia*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Mihura y González, música del maestro Penella; y en el Gran Teatro *La luna del amor*, opereta en un acto de los Sres. Briones y Melantuche, música de los maestros Barrera y Calleja. En la Comedia ha dado tres representaciones con gran éxito la notable actriz francesa Marta Regnier.



PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Leone*, drama lírico en cuatro actos de Jorge Montorgueil, sacado de una novela de Manuel Arene, música de Samuel Rousseau; en el Gymnase *La vierge folle*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; en Renaissance *Une femme...*, comedia en tres actos de Román Coollus; en el Ambigu *Le peché de Marthe*, comedia en cinco actos y siete cuadros de Emilio Rochard, tomada de una novela de Pablo Bertnay; en Rejane *La flamme*, comedia en tres actos de Mario Nicodemi; en Antoine 1812, obra en cuatro actos de Gabriel Nigoud; en Sarah Bernhardt *La Bessa*, drama italiano en cuatro actos y en verso de Sam Benelli, adaptación francesa en verso de Juan Richepin; y en Apolo *Kève de valse*, opereta en tres actos de Oscar Strauss, adaptación de León Xanrof y Julio Chancel.



París.—Fiesta de la «Mi-Carême».—Carroza de la Reina de las Reinas.—La Reina cheque y sus señoritas de honor. (De fotografías de M. Branger.)

formó en la plaza de Italia. Iban al frente charangas, tambores, clarines y trompetas; seguían los carros de las actualidades del año, doce landós adornados con flores de las reinas de

en tres actos de Avelino Artís; *El vrostre ideal*, comedia en un acto de Javier Viura; *Raig de sol*, comedia en un acto de J. B. Pagés y Maruny, y *La cartera*, comedia en un acto de Oc-

francesa en verso de Juan Richepin; y en Apolo *Kève de valse*, opereta en tres actos de Oscar Strauss, adaptación de León Xanrof y Julio Chancel.

EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



El hombre me depositó en la barca, se apoderó de los remos y remó con fuerza y prontitud

Raúl interrumpió aquí bruscamente á la joven.
—¡Sin saber cómo! ¡Cristina! ¡Cristina! ¡Trate usted de no soñar!

—¡Ah, mi pobre amigo, no soñaba!. Me encontraba fuera de mi cuarto sin saber cómo... Usted, que me ha visto una noche desaparecer de mi cuarto, amigo mío, podrá, acaso, explicarme esto; yo no puedo. Sólo puedo decir á usted una cosa, y es que, encontrándome delante del espejo, dejé de verle de pronto y le busqué detrás de mí..., pero no había ya espejo ni cuarto... ¡Estaba en un corredor oscuro!.. Tuve miedo y grité...

Todo estaba negro á mi alrededor; á lo lejos, un débil resplandor rojo iluminaba una esquina de muralla, un rincón de encrucijada. Grité, y sólo mi voz llenaba los muros, pues el canto y el violín se habían callado. Y hete aquí que, de repente, en la oscuridad, una mano se apoya en la mía, ó más bien, una cosa huesuda y helada que me aprisionó el puño y no me soltó más. Grité, y un brazo me cogió por el talle y me levantó... Me agité un instante en aquel horror y mis dedos se deslizaron por las piedras húmedas, en las que no se agarraron. Después ya no me moví; creí que iba á morir de espanto. Me llevaban hacia la pequeña claridad roja, entramos en ese resplandor y vi entonces que estaba en manos de un hombre envuelto en un gran manto negro y que tenía un antifaz que le ocultaba toda la cara... Intenté un esfuerzo supremo, pusiéronse rígidos mis miembros y mi boca se abrió aún para gritar mi espanto; pero una mano la cerró, una mano que sentí en mis labios, en mi carne..., ¡y que olía á muerto!.. Me desmayé...

¿Cuánto tiempo permanecí sin conocimiento? No puedo decirlo. Cuando abrí los ojos estábamos aún el hombre y yo en el seno de las tinieblas. Sin em-

bargo, el pequeño resplandor rojo nos había seguido. Era una linterna sorda puesta en el suelo y que iluminaba el chorro de una fuente. El agua, que salía de la muralla, desaparecía casi en seguida por el suelo en el que yo estaba echada. Reposaba mi cabeza en la rodilla del hombre del manto y del antifaz negros, y mi silencioso compañero me refrescaba las sienes con un cuidado, con un atención, con una delicadeza que me parecieron más horribles que la brutalidad de su rapto de hacía un momento. Sus manos, por ligeras que fuesen, no dejaban de oler á muerto. Las rechacé, pero sin fuerza, y pregunté con voz débil: «¿Quién es usted? ¿Dónde está la Voz?» Sólo un suspiro me respondió. De repente me pasó por la cara un aliento cálido, y vagamente, en las tinieblas, distinguí una forma blanca al lado de la forma negra del hombre. La forma negra me levantó y me depositó sobre la forma blanca. Y en seguida, un alegre relincho vino á herir mis oídos estupefactos y murmuré: «¡César!» El animal se estremeció. Amigo mío, me encontraba medio echada en una silla de montar y había reconocido al caballo blanco del *Profeta*, al que yo había dado con frecuencia golosinas. Ahora bien: una vez corrió el rumor en el teatro de que este caballo había sido robado por el fantasma de la Opera. Yo, que creía en la Voz, no creía en el fantasma; pero entonces me pregunté estremeciéndome si estaba en su poder. Desde el fondo de mi corazón llamé á la Voz en mi socorro, pues nunca hubiera imaginado que la Voz y el fantasma no fuesen más que uno. ¿Ha oído usted hablar del fantasma de la Opera, Raúl?

—Sí, respondió el joven. Pero dígame usted, Cristina, ¿qué sucedió cuando estuvo usted montada en el caballo blanco del *Profeta*?

—No hice ningún movimiento y me dejé llevar...

Poco á poco, un extraño sopor sucedió al estado de angustia y de terror en que me había puesto esta infernal aventura. Se había infiltrado en mí una paz singular, y pensé que estaba bajo la temible influencia de algún elixir. Tenía la plena disposición de mis sentidos y mis ojos se acostumbraban á las tinieblas que, por otra parte, se iluminaban aquí y allá de breves resplandores... Juzgué que estábamos en una galería circular que daba la vuelta á la Opera, inmensa, debajo de tierra. Una vez, una sola vez, amigo mío, había yo bajado á aquellos fosos, que son prodigiosos; pero me detuve en el tercer piso, no atreviéndome á ir más adelante hacia el fondo de la tierra. Y sin embargo, tenía aún debajo de mis pies dos pisos en los que se hubiera podido alojar toda una ciudad. Pero las figuras que se me aparecieron me hicieron huir. Hay allí demonios muy negros, delante de unas calderas, y agitan palas y horquillas, excitan los braseros, encienden llamas y amenazan al que se acerca abriendo de repente la boca roja de los hornos... Ahora bien: mientras César me llevaba tranquilamente sobre el lomo en aquella noche de pesadilla, vi de repente á lo lejos, muy á lo lejos, y muy pequeñitos, como vistos con unos gemelos del revés, los demonios negros delante de los braseros rojos de sus caloríferos... Aparecían y desaparecían según las sinuosidades de nuestra marcha... Por fin, desaparecieron por completo. La forma de hombre seguía sosteniéndome y César andaba sin guía y con paso firme... No podré decir á usted, ni aproximadamente, cuánto tiempo duró aquel viaje en la noche. Tenía solamente la idea de que dábamos vueltas y vueltas..., pero ¿no era mi cabeza la que las daba? No lo creo, sin embargo. No, yo estaba increíblemente lúcida y pensaba: «¿Cuándo nos detendremos? ¿Cuándo vamos á llegar?» César, un instante, levantó la

cabeza, husmeó el aire y aceleró el paso. Sentí un ambiente húmedo, y César se paró. Habíase iluminado la noche y nos rodeaba un resplandor azulado. Miré dónde nos encontrábamos. Estábamos en la orilla de un lago cuyas aguas de plomo se perdían a lo lejos en la obscuridad..., pero la luz azulada alumbraba esta orilla y vi una barca atada con una anilla de hierro en el muelle.

Ciertamente, sabía yo que todo aquello existía, y la visión de aquel lago y de aquella barca debajo de tierra no tenía nada de sobrenatural. Pero piense usted en las condiciones excepcionales en que yo llegué a aquella orilla. Las almas de los muertos no debían de sentir más alarma al acercarse a la Estigia. Caronte no era ciertamente más lúgubre ni más mudo que la forma de hombre que me transportó a la barca. ¿Había el elixir agotado su efecto, y la frescura de aquellos lugares bastaba para hacerme volver a la posesión de mí misma? Mi sopor se desvanecía é hice algunos movimientos que denotaban que volvía a empezar mi terror. Mi siniestro compañero debió de echarlo de ver, pues me cogió con rápido ademán y de un silbido despidió a César, que huyó por las tinieblas de la galería haciendo sonar las herraduras en los escalones sonoros de una escalera.

El hombre me depositó en la barca, a la que libró de sus lazos de hierro, se apoderó de los remos y remó con fuerza y prontitud. Sus ojos, bajo el antifaz, no se separaban de mí. Sentía en mí el peso de sus pupilas inmóviles. El agua, a nuestro alrededor, no hacía ruido alguno, y nos deslizábamos en la claridad azulada que he dicho a usted, hasta que estuvimos de nuevo en la obscuridad y llegamos a otra orilla. La barca chocó con un cuerpo duro. Y otra vez me sentí llevada en los brazos del hombre. Había yo recobrado la fuerza de gritar y prorrumpí en chillidos. Pero me callé de repente, cegada por la luz. Sí, por una luz brillante en medio de la cual se me había depositado. Me levanté de un salto, pues tenía todas mis fuerzas. En el centro de un salón que no parecía adornado, amueblado y revestido más que de flores, estaba en pie la forma de hombre enmascarado, con los brazos cruzados. Y me habló.

—Tranquílcese usted, Cristina, dijo; no corre usted ningún peligro.

¡Era la Voz!

Mi furor fué igual a mi estupefacción. Salté hacia el antifaz y quise arrancarlo para conocer la cara de la Voz. Pero la forma de hombre me dijo:

—No corre usted ningún peligro con tal de que no toque a la máscara.

Y sujetándome suavemente los puños, me hizo sentarme.

La humildad de aquella acción me dió algún valor, y la luz, al precisarlo todo a mi alrededor, me volvió a la realidad de la vida. Por muy extraordinaria que me pareciese, la aventura se rodeaba ahora de cosas mortales que yo podía ver y tocar. Tenía que habérmelas sin duda con algún espantoso original que, misteriosamente, se había alojado en las cuevas como otros, por necesidad, y con la muda complicidad de la administración, habían encontrado un abrigo definitivo en los sobrados de aquel monstruoso palacio.

Miré al hombre arrodillado...

De modo..., de modo... que la Voz que yo había conocido bajo el antifaz, que no había podido ocul-tármela, era aquello que tenía de rodillas delante de mí... *¡Un hombre!*

No pensé ya siquiera en la horrible situación en que me encontraba, no me pregunté siquiera qué iba a ser de mí, ni cuál era el designio obscuro y friamente tiránico que me había conducido a aquel salón como se encierra a un preso en un calabozo ó a una esclava en un harén. ¡No! ¡No! Yo pensaba: «La Voz es eso, un hombre...» Y me eché a llorar.

El hombre, que seguía arrodillado, comprendió sin duda el sentido de mis lágrimas, pues me dijo:

—¡Es verdad, Cristina! ¡No soy ángel, ni genio, ni fantasma! ¡Soy Erik!

En este punto el relato de Cristina fué otra vez interrumpido. A los jóvenes les pareció que el eco había repetido: «¡Erik!...» ¿Qué eco?... Se volvieron y echaron de ver que había llegado la noche. Raúl hizo un movimiento como para levantarse, pero Cristina le retuvo a su lado.

—Quédese usted; es preciso que lo sepa usted todo aquí.

—¿Por qué aquí, Cristina? Temo por usted el fresco de la noche.

—No debemos temer más que a los fosos, amigo mío, y aquí estamos a cien leguas de ellos... No tengo derecho a ver a usted fuera del teatro y no es este el momento de contrariarle... No despertemos sus sospechas...

—¡Cristina! ¡Cristina! Algo me dice que hacemos

mal de esperar a mañana por la noche y que deberíamos huir en seguida.

—He dicho a usted que si no me oye cantar mañana por la noche tendrá una pena mortal.

—Es difícil no causar pena a Erik y huir de él para siempre.

—En eso tiene usted razón, Raúl, porque, ciertamente, mi fuga le matará...

—¿Tanto ama a usted?

—Hasta el crimen.

—Pero no es imposible encontrar su morada... Se puede ir a buscarle en ella... Desde el momento en que Erik no es un fantasma, se le puede hablar y hasta obligarle a responder.

Cristina movió la cabeza.

—¡No! ¡No! No se puede nada contra Erik. No hay más que huir.

—¿Y cómo, pudiendo huir, ha vuelto usted a su lado?

—Porque era preciso, y usted lo comprenderá cuando sepa cómo salí de su poder.

—¡Ah! ¡Cuánto le odio!., exclamó Raúl. Y usted, Cristina, dígame, tengo necesidad de que me diga usted esto para escuchar con más calma la continuación de esa extraordinaria historia de amor... Y usted, ¿le odia?..

—¡No!, dijo Cristina sencillamente.

—¡Bah! ¿Para qué tantas palabras?... Usted le ama, ciertamente... Ese miedo, esos terrores, todo eso es el amor y el más delicioso, el que no se confiesa, explicó Raúl con amargura, el que da un calor frío cuando se piensa en él... ¡Figúrese usted! ¡Un hombre que habita en un palacio debajo de tierra! Y el joven se rió con sarcasmo.

—¿Quiere usted que vuelva a él?, le interrumpió brutalmente Cristina. Cuidado, Raúl, ya se lo he dicho; no volvería más.

Hubo unos instantes de un silencio espantoso entre los tres..., los dos que hablaban y el que escuchaba detrás...

—Antes de responder, dijo Raúl lentamente, desearía saber qué sentimiento le inspira a usted, puesto que no le odia...

—¡Me inspira horror!, dijo Cristina.

Y pronunció estas palabras con tal fuerza, que cubrieron a los suspiros de la noche.

—Eso es lo terrible, siguió diciendo con fiebre creciente; le tengo horror y no le detesto. ¿Cómo odiarle, Raúl? Erik a mis pies, en la morada del lago, se acusa, se maldice é implora mi perdón...

Confiesa su impostura. Me ama. Pone a mis pies un inmenso amor trágico... Me ha robado por amor. Me ha encerrado con él debajo de tierra por amor..., pero me respeta, se arrastra, gime, llora... Cuando me levanto, Raúl, cuando le digo que no puedo menos de despreciarle si no me devuelve inmediatamente la libertad de que me ha privado, cosa increíble, me la ofrece..., no tengo más que marcharme... Está pronto a mostrarme el misterioso camino..., pero yo me veo forzada a recordar que no es fantasma, ni ángel, ni genio, sino que es la Voz, porque canta...

¡Y le escucho... y me quedo!..

Aquella noche no cambiamos ya ni una palabra. Cogió un arpa y empezó a cantar, él, voz de hombre ó de ángel, la romanza de Desdémona. El recuerdo que tenía de haberla cantado yo misma me daba vergüenza. La música, amigo mío, tiene la virtud de hacer que no exista nada en el mundo exterior fuera de esos sonidos que van a herirnos el corazón. Mi extravagante aventura quedó olvidada. Solamente revivía la Voz, y la seguí embriagada en su viaje armonioso; formaba yo parte del rebaño de Orfeo. La Voz me paseó por el dolor, por el goce, por el martirio, por la desesperación, por la alegría, por la muerte, por los triunfantes himeneos... Yo escuchaba... Ella cantaba... Hízome oír una música nueva que me causó una extraña impresión de dulzura, de languidez, de reposo..., una música que, después de haber levantado mi alma, la apaciguó poco a poco y la condujo hasta el umbral del ensueño. Y me quedé dormida.

Cuando desperté, estaba sola en un sofá, encerrada en un cuartito muy sencillo, provisto de un estrecho lecho de cobre, de paredes tapizadas de tela de Jouy é iluminado por una lámpara puesta en el mármol de una antigua cómoda «Luis Felipe.» ¿Qué nueva decoración era aquella?... Me pasé la mano por la frente como para ahuyentar un mal sueño... ¡Ay! No estuve mucho tiempo sin ver que no había soñado. Estaba prisionera y no pude descubrir en mi cárcel más que dos puertas, una de las cuales estaba herméticamente cerrada, mientras la otra daba acceso a una sala de baños de las más cómodas; agua caliente y agua fría a voluntad. Al volver a mi cuarto vi en la cómoda una carta escrita con tinta roja que

me informó en seguida sobre mi triste situación y que, si hubiera sido necesario, hubiera alejado todas mis dudas sobre la realidad de los sucesos.

«*Mi querida Cristina*—decía el papel,— *esté usted enteramente tranquila por su suerte. No tiene usted en el mundo mejor ni más respetuoso amigo que yo. Está usted sola en este momento en esta morada que la pertenece. Salgo para correr los almacenes y traer a usted toda la ropa interior que pueda necesitar.*»

—Decididamente, exclamé, he caído en manos de un loco... ¿Qué va a ser de mí? ¿Cuánto tiempo piensa ese miserable tenerme encerrada en su prisión subterránea?

Corrí como una insensata por mi pequeño departamento, buscando una salida que no encontraba. Acusábame amargamente de mi estúpida superstición y me causaba un placer horroroso el burlarme de la perfecta inocencia con que había acogido, a través de las paredes, la Voz del genio de la música. Cuando se es tan tonta, hay que esperar las más inauditas catástrofes, pues se han merecido todas. Me daban ganas de pegarme y me puse a reír y a llorar por mí al mismo tiempo. En este estado me encontró Erik.

Después de dar tres golpecitos secos en la pared, entró tranquilamente por una puerta que yo no había podido descubrir y que dejó abierta. Venía cargado de cajas y de paquetes que dejó sin prisa sobre la cama, mientras yo le llenaba de ultrajes y le exigía que se quitase la máscara si tenía la pretensión de disimular con ella una cara de hombre honrado.

Aquel hombre me respondió con gran tranquilidad:

—No verá usted jamás la cara de Erik.

Me reprochó el no haber hecho aún mi atavío a aquella hora del día, y se dignó informarme de que eran las dos de la tarde. Me dió media hora para arreglarme, y diciendo esto se cuidó de dar cuerda a mi reloj y de ponerle en hora. Después de lo cual me invitó a pasar al comedor, donde, según me anunció, nos esperaba un excelente almuerzo. Tenía yo hambre y le dí con la puerta en las narices para entrar en el cuarto tocador. Tomé un baño después de haber colocado junto a mí un par de tijeras, con las que estaba decidida a matarme si Erik, después de haber obrado como un loco, cesaba de conducirse como un hombre honrado. La frescura del agua me hizo mucho bien, y cuando me presenté delante de Erik había yo tomado la sabia resolución de no chocar con él ni contrariarle en nada, y hasta de adularle si era preciso, a fin de obtener una pronta libertad. Fué él el primero que me habló de sus proyectos sobre mí, y me los precisó para tranquilizarme, según dijo. Era para él demasiado agradable mi compañía para privarse de ella en seguida. Debía yo comprender ahora que no debía espantarme el verle a mi lado. Me amaba, pero no me lo diría más que cuando yo se lo permitiese, y el resto del tiempo se pasaría haciendo música.

—¿Qué entiende usted por el resto del tiempo?, le pregunté.

Erik me respondió con firmeza:

—Cinco días.

—¿Y después será libre?

—Será usted libre, Cristina, porque esos cinco días la habrán enseñado a no temerme, y entonces, vendrá usted a ver de vez en cuando al pobre Erik...

El tono con que pronunció estas palabras me conmovió profundamente. Me pareció ver en él tan verdadera y lamentable desesperación, que dirigí al máscara una cara enternecida. No podía ver los ojos a través de la careta, lo que no era para disminuir el misterioso malestar que se sentía al interrogar a aquel enigmático pedazo de seda negra; pero bajo la tela, en el extremo de la barba de la careta, aparecieron una, dos, tres, cuatro lágrimas.

Me designó silenciosamente un sitio enfrente de él en un velador que ocupaba el centro de la pieza en que el día anterior había tocado el arpa, y me senté muy turbada. Comí, sin embargo, con buen apetito unos cuantos cangrejos y un ala de pollo, con un poco de vino de Tokay que había traído él mismo, según me dijo, de las bodegas de Koenisberg, frecuentadas en otro tiempo por Falstaff. Él no comía ni bebía. Le pregunté cuál era su nacionalidad y si el nombre de Erik indicaba un origen escandinavo, y me respondió que no tenía nombre ni patria y que había tomado el nombre de Erik para acercarse a mí, que era sueca. Le pregunté por qué, puesto que me amaba, no había encontrado otro medio de hacérmelo saber más que arrastrarme con él y encerrarme en la tierra.

—Es muy difícil, dije, hacerse amar en una tumba.

—Cada cual, me respondió en un tono singular, tiene sus citas donde puede.

Después se levantó y me ofreció los dedos, pues quería, según decía, hacerme los honores de su departamento; pero yo retiré vivamente la mano dando un grito. Lo que había tocado era á la vez húmedo y huesudo, y recordé que sus manos oían á muerto.

—¡Oh, perdón!, gimió.

Abrió delante de mí una puerta.

—Este es mi cuarto, dijo, y es bastante curioso el visitarlo. Si quiere usted verle...

No vacilé. Sus maneras, sus palabras, todo en él me decía que tuviese confianza... Y además comprendía yo que era preciso no tener miedo.

Entré y me pareció que penetraba en una cámara mortuoria. Las paredes estaban tapizadas de negro; pero en vez de las lágrimas blancas que completan ordinariamente este fúnebre adorno, se veían las notas repetidas del *Dies irae*. En medio del cuarto había un dosel del que pendían cortinas de brocado rojo, y bajo el dosel, un ataúd abierto.

Al ver aquello retrocedí.

—Ahí es donde yo duermo, dijo Erik. Hay que acostumbrarse á todo en la vida, hasta á la eternidad.

Volví la cabeza, tan siniestra era la impresión que había recibido de aquel espectáculo. Mis ojos encontraron entonces el teclado de un órgano que ocupaba todo un lado de la pared. En el atril había un cuaderno lleno de notas rojas. Pedí permiso para mirarlo, y leí en la primera página: *Don Juan triunfante*.

—Sí, me dijo, compongo algunas veces. Hace veinte años que he comenzado este trabajo. Cuando le acabe, le llevaré conmigo á ese ataúd, y no me despertará más.

—Debe usted trabajar en él lo menos frecuentemente posible, dije.

—Trabajo á veces quince días y quince noches seguidas, durante los cuales no vivo más que de música, y después descanso durante años.

—¿Quiere usted tocarme algo de su *Don Juan triunfante*?, pregunté creyendo complacerle y dominando la repugnancia que me inspiraba aquella cámara de muerte.

—No me pida usted jamás eso, respondió con voz sombría. Este *Don Juan* no ha sido escrito para la letra de un Lorenzo de Aponte, inspirado por el vino, los amorcillos y el vicio y finalmente castigado por Dios. Le tocaré á usted Mozart, si quiere, que hará correr sus bellas lágrimas y le inspirará honradas reflexiones. Pero mi *Don Juan* arde, Cristina, y sin embargo, no es aniquilado por el fuego del cielo...

Dicho esto, volvimos al salón que acabábamos de dejar. Noté que en parte alguna de aquel departamento había espejos, é iba á decirlo, pero Erik se sentó al piano y exclamó:

—Sepa usted, Cristina, que hay una música tan terrible que consume á todos los que se le aproximan. Usted no ha llegado aún á esa música, felizmente, pues perdería usted sus frescos colores y no se la conocería á su vuelta á París. Cantemos ópera, Cristina Daé.

Me dijo «Cantemos ópera, Cristina Daé,» como si aquello fuese una injuria.

Pero no tuve tiempo para profundizar el sentido de sus palabras. Empezamos en seguida el dúo de *Otello*, y ya la catástrofe estaba sobre nuestras cabezas. Esta vez me había dejado el papel de Desdémona, que yo canté con una desesperación y un espanto reales á que nunca había llegado hasta aquel día. La proximidad de tal compañero, en lugar de anularme, me inspiraba un terror magnífico. Los sucesos de que era víctima me acercaban singularmente al pensamiento del poeta y encontré acentos que hubieran deslumbrado al músico. En cuanto á él, su voz era potente y su alma vengativa se manifestaba en cada sonido y aumentaba terriblemente su alcance. El amor, los celos, el odio, estallaban á nuestro alrededor en gritos desgarradores. La máscara negra de Erik me hacía pensar en la cara natural del Moro de Venecia. Era el mismo Otelo; creí que me iba á herir y que iba á caer á sus golpes, y sin embargo, yo no hacía ningún movimiento para huir, para evitar su furor, como la tímida Desdémona. Por el contrario, me acercaba á él, fascinada, atraída, encontrando encantos á la muerte en el centro de tal pasión; pero, antes de morir, quise conocer, para llevarme la imagen sublime de mi última mirada, sus facciones desconocidas que debía transfigurar el fuego del arte eterno. Quise ver la cara de la Voz, é instintivamente, con un ademán del que no fué dueña, pues no me dominaba, mis dedos, rápidos, arrancaron la careta...

¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!..

Cristina se calló ante esta visión, á la que parecía apartar aún con sus dos manos temblorosas, mientras los ecos de la noche, como habían repetido el nombre de Erik, repetían tres veces la exclamación:

«¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!..» Raúl y Cristina, más estrechamente unidos aún por el terror del relato, levantaron los ojos hacia las estrellas que brillaban en un cielo apacible y puro.

Raúl dijo:

—Es extraño, Cristina, ¡qué llena está de gemidos esta noche tan dulce y tan tranquila! Diríase que se lamenta con nosotros.

Cristina respondió:

—Ahora que va usted á conocer el secreto, sus oídos, como los míos, van á estar llenos de lamentos.

La joven aprisionó en las suyas las manos protectoras de Raúl, y sacudida por un largo estremecimiento continuó:

—¡Oh, sí! Aunque viviera cien años oiría siempre el clamor sobrehumano que lanzó, el grito de su dolor y de su rabia infernales mientras aquella cosa aparecía á mis ojos inmensos de horror, así como mi boca que no se cerraba y no gritaba ya sin embargo...

¡Oh! Raúl, aquella cosa... ¿Cómo no verla si mis oídos están llenos para siempre de sus gritos y mis ojos influidos para siempre por su aspecto?... ¡Qué imagen! ¿Cómo no verla y cómo hacérsela á usted ver?... Raúl, usted ha visto las calaveras cuando han sido desecadas por los siglos, y acaso, si no fué usted víctima entonces de una horrible pesadilla, vió usted su calavera en la noche de Perrós. También ha visto usted pasearse, en el último baile de máscaras, la Muerte Roja. Pero todas estas calaveras estaban inmóviles y su mudo horror no vivía. Pero imagine usted, si puede, la máscara de la muerte poniéndose á vivir de repente para expresar, con los cuatro agujeros negros de sus ojos, de su nariz y de su boca, la cólera en el último grado, el furor soberano de un demonio, y *sin mirada en los agujeros de los ojos*, pues, como después he observado, no se ven jamás sus ojos de brasa más que en la noche venida... Pegada á la pared, la boca crispada y el cabello erizado, debía yo de ser la imagen misma del Espanto como él era la de la Fealdad.

Acercóse entonces á mí el rechinamiento horrible de sus dientes sin labios, y mientras yo caía de rodillas, me silbó lleno de odio cosas insensatas, palabras sin ilación, maldiciones, delirios... ¿Qué é yo? ¿Qué sé yo?..

—¡Mira!, exclamaba inclinado hacia mí. ¡Has querido ver! ¡Mira! ¡Alimenta tus ojos, harta tu alma de mi fealdad maldita! ¡Mira la cara de Erik! ¡Ahora, ya conoces la cara de la Voz! ¿No te bastaba oírme? Has querido saber cómo estaba hecho. ¡Sois tan curiosas, vosotras, las mujeres!

Y se echaba á reír repitiendo: «¡Sois tan curiosas, vosotras, las mujeres!» con una risa terrible, ronca, espumosa, formidable... Y decía además cosas como esta:

—¿Estás satisfecha? ¿Soy hermoso, eh?... Cuando una mujer me ha visto como tú, es mía y me ama para siempre. ¡Yo soy un tipo del género de Don Juan!..

Y estirándose con toda su estatura, el puño en la cadera y moviendo sobre los hombros la asquerosa careta, decía orgulloso:

—¡Mira! ¡Soy *Don Juan triunfante*!

Y al ver que yo volvía la cabeza pidiendo gracia, me la llevó hacia él brutalmente, por los cabellos, en los que se habían entrelazado sus dedos de muerto.

—¡Basta! ¡Basta!, interrumpió Raúl. ¡Le mataré!.. ¡En nombre del cielo, Cristina! ¡Dime dónde se encuentra el comedor del lago! ¡Necesito matarle!

—¡Oh! Raúl mío, si quieres saber, cállate.

—Sí, quiero saber cómo y por qué volvías allí... Ese es el secreto... ¡Cristina, cuidado! ¡No hay otro! ¡Pero de todos modos, le mataré!..

—¡Escucha, Raúl! ¡Escucha! Me arrastró por los cabellos y me acercó la cabeza á la cosa que tenía en los hombros... Y entonces... entonces... ¡Oh! Esto es más horrible todavía...

—Pues bien, habla, exclamó Raúl huraño; habla pronto...

—Entonces me dijo con acento de silbido:

—¡Cómo! ¿Te doy miedo?... ¡No es posible! Crees acaso que tengo aún una careta, ¿eh? ¿Y que esto..., esto..., mi cara es una máscara?... ¡Pues bien, aulló, arráncala como la otra!.. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Lo quiero!.. ¡Tus manos! ¡Dame tus manos!.. ¡Si no te bastan, yo te prestaré las mías... Y seremos dos para arrancar la careta...

Me arrojé á sus pies, pero él me cogió las manos, Raúl, y las hundió en el horror de su cara... Con mis uñas se arañó las carnes, las horribles carnes muertas...

—Sabe, exclamaba en el fondo de la garganta, que soplabo como una fragua, sabe que me he hecho enteramente con la muerte, de pies á cabeza... Que es un cadáver el que te ama, que te adoro y que no te

dejaré jamás, jamás... Voy á hacer agrandar el ataúd, Cristina, para más tarde, cuando estemos al fin de nuestros amores... ¿Ves? Ya no río, sino que lloro, lloro por ti, Cristina, que me has arrancado la careta y que, á causa de eso, no podrás jamás separarte de mí... Mientras podías creerme bello, Cristina, podías volver... y sé que hubieras vuelto...; pero ahora, que conoces mi fealdad, huirás para siempre... ¡Te guardo!.. ¿Por qué has querido verme?... ¡Insensata! ¡Loca Cristina, que has querido verme!.. ¡Cuando mi padre no me ha visto nunca, y cuando mi madre, por no verme más, me regaló llorando mi primera careta!..

Hábame por fin soltado y se arrastraba ahora por el suelo con hipos atroces. Después, como un reptil, se arrastró fuera de la pieza, penetró en su cuarto, cuya puerta cerró, y me quedé sola, entregada á mi horror y á mis reflexiones, pero libre de la visión de la horrible cosa. Un prodigioso silencio, el silencio de la tumba, había sucedido á aquella tempestad, y pude reflexionar en las consecuencias terribles del ademán que había arrancado la careta. Las últimas palabras del monstruo me habían informado suficientemente. Me había aprisionado yo misma para siempre, y mi curiosidad iba á ser causa de todas mis desdichas. Ya me había dicho y repetido que mientras no tocara á la careta no corría peligro alguno. Maldije mi imprudencia, pero eché de ver estremeciéndome que el razonamiento del monstruo era lógico. Sí, hubiera vuelto si no le hubiera visto la cara. Me había ya interesado y conmovido bastante, y me había compadecido de sus lágrimas enmascaradas, para no ser insensible á sus ruegos. No soy una ingrata y su impostura no podía hacerme olvidar que era la Voz y que me había realzado con su genio. ¡Hubiera vuelto! Y ahora, salida de sus catacumbas, no volveré. ¡Nadie vuelve á encerrarse en una tumba con un cadáver que la ama!

Por ciertas maneras exageradas que, durante la escena, había tenido de mirarme, ó más bien de acercarse á mí los dos agujeros negros de su mirada invisible, había yo podido medir su pasión salvaje. Para no haberme cogido en sus brazos, cuando no podía ofrecerle ninguna resistencia, había sido preciso que aquel monstruo fuese también un ángel, y acaso era un poco el de la música y lo hubiera sido por completo si Dios le hubiera vestido de belleza en vez de vestirle de podredumbre. De todos modos, resultaba para mí de lo ocurrido la certeza de que Erik me amaba bastante ferozmente, aun después de haberle quitado la careta, para que yo permaneciese para siempre su cautiva. Y ya, extraviada al pensar en la suerte que me estaba reservada y presa del terror de ver abrirse la puerta del cuarto del ataúd y de contemplar de nuevo la cara del monstruo sin careta, me había metido en mi departamento y apoderádome de las tijeras que podían poner un término á mi espantoso destino, cuando se dejaron oír los sonidos del órgano...

Entonces, amigo mío, empecé á comprender las palabras de Erik sobre lo que él llamaba, con un desprecio que me había dejado estupefacta, la música de ópera. Lo que estaba oyendo no tenía nada que ver con lo que me había encantado hasta aquel día. Su *Don Juan triunfante*, pues no cabía duda de que había recurrido á su obra maestra para olvidar el horror del minuto presente, su *Don Juan triunfante* no me pareció al principio más que un largo, horrible y magnífico sollazo en el que el pobre Erik había puesto toda su miseria maldita.

Veía yo en el pensamiento el cuaderno de notas rojas é imaginaba fácilmente que aquella música había sido escrita con sangre. Paséábala tal música por todo el detalle del martirio, me hacía entrar en todos los rincones del abismo habitado por *el hombre feo*. Me mostraba á Erik golpeando atrozmente su pobre y asquerosa cabeza en las paredes fúnebres de aquel infierno y huyendo, por no espantarlos, de las miradas de los hombres. Asistí aniquilada, palpitante, lastimosa y vencida á la explosión de los acordes gigantescos en que estaba divinizado el Dolor, y después, los sonidos que subían del abismo se agruparon de repente en un vuelo prodigioso y amenazador, su tropa giratoria parecía escalar el cielo como el águila sube al sol, y pareció encender el mundo tal sinfonía triunfal, que comprendí que la obra estaba al fin realizada y que la Fealdad, levantada en las alas del Amor, se había atrevido á mirar de frente á la Belleza. Estaba yo como embriagada. La puerta que me separaba de Erik cedió á mis esfuerzos. Erik se levantó al oírme, pero no se atrevió á volverse.

—Erik, exclamé, muéstrame usted su cara sin terror. Le juro á usted que es el más doloroso y el más sublime de los hombres, y si Cristina Daé se estremece en adelante al mirarle, será que piense en el esplendor de su genio.

(Se continuará.)

MADRID.—LLEGADA DEL GENERAL MARINA.—BODA DE LA SEÑORITA MARINA.—LOS PRÍNCIPES JAPONESES



El general Marina saludando á su llegada al general Tovar
(De fotografía de la Agencia Gráfica Internacional.)

Llegada del general Marina.— Con objeto de asistir á la boda de su hija y de reponer su salud, quebrantada en la campaña del Rif en la que tanta gloria conquistara, ha regresado de Melilla el ilustre general Marina.



Boda de la Srta. de Marina con el capitán Sr. Sánchez Prat
(De fotografía de M. Asenjo.)

Después de una breve estancia en Málaga, dirigióse á Madrid, adonde llegó el día 4, habiendo hecho desde Córdoba el viaje con S. M. el rey, quien le invitó á subir á su coche y departió con él durante todo el trayecto de los asuntos de Africa.

A esperar el monarca habían acudido á la estación las personas de la familia real que se hallan en la corte, el gobierno, los presidentes del Senado y del Congreso, las autoridades y muchos políticos; cuando el rey se hubo marchado, después de despedirse afectuosamente del general Marina, éste fué objeto de una calurosa manifestación de simpatía, á la que procuró substraerse modestamente, marchándose á su casa en un coche con su familia que había ido á recibirle. A pesar de esto, no pudo evitar que numerosos grupos situados fuera de la estación le saludaran.



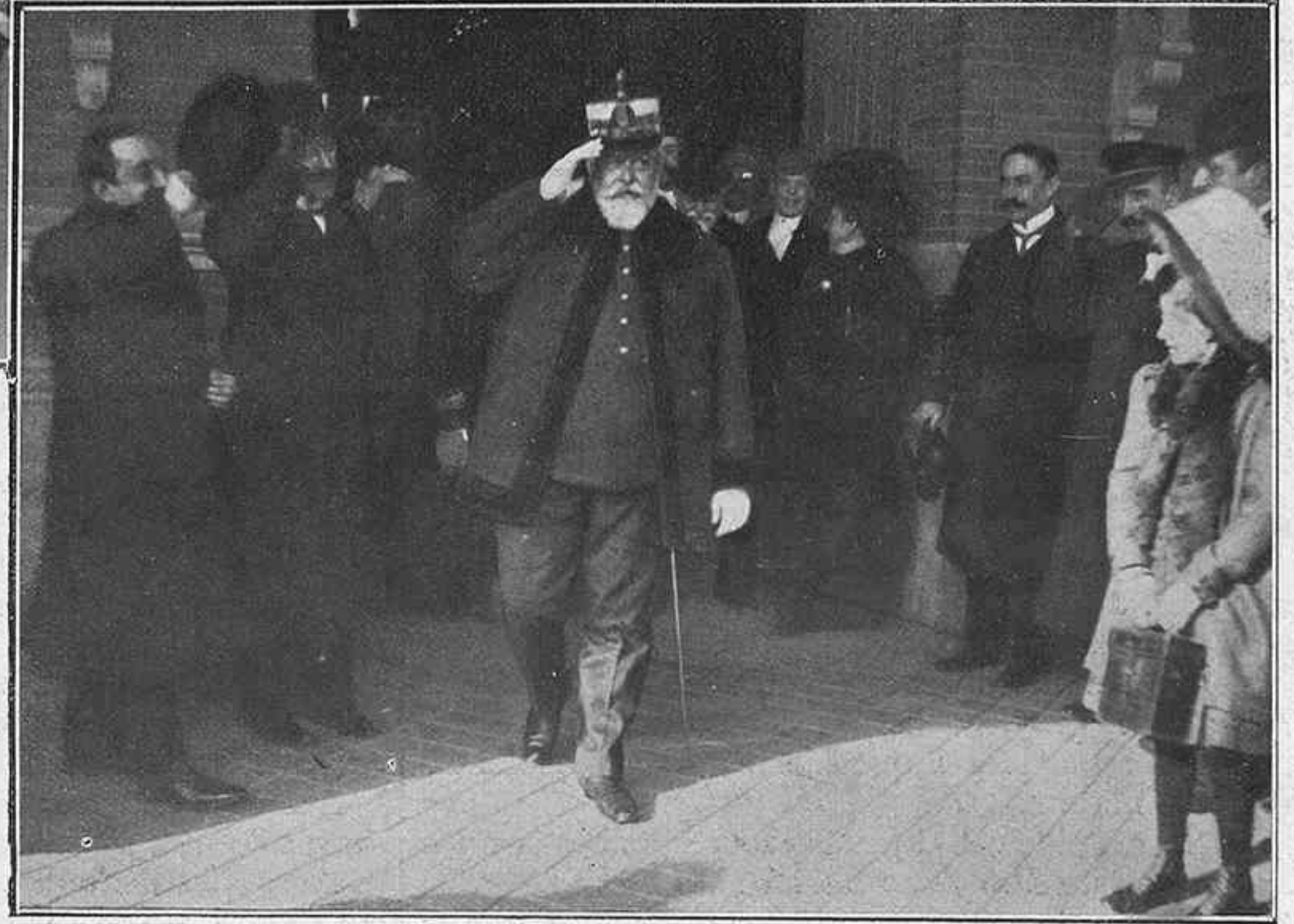
El príncipe japonés Fushimi y su esposa á la salida de la estación. (De fotografía de M. Asenjo.)

Por el domicilio del caudillo insigne han desfilarado todas las más altas personalidades de la corte, especialmente del ejército y de la política, deseosas de testimoniar su admiración á quien ha procurado y conseguido para nuestra patria triunfos gloriosos y de excepcional trascendencia.

Boda de la señorita de Marina.— Tres días después de la llegada del general efectuóse el enlace de su bellísima hija María con el capitán de infantería D. Pedro Sánchez Prat, en el oratorio del Santo Cristo de la Salud.

La ceremonia se celebró en familia á causa de reciente luto, no habiendo asistido á ella más que los parientes y los amigos más íntimos.

La novia vestía un elegante traje de crespón



El general Marina á la salida de la estación. (De fotografía de Asenjo.)

blanco que realzaba su belleza, y el novio el uniforme de capitán con los cordones de ayudante.

Fueron padrinos la generala viuda de Sánchez Gómez y el general Marina, y testigos, por parte de la novia, el general Marina, el marqués de Martorell y el general González del novio, los generales Terán y Sánchez Gómez y el general Sánchez Gómez.

Con motivo de su boda ha recibido la señorita de Marina entre otros muchos, valiosísimos regalos de SS. MM. el rey D. Alfonso XIII, la reina doña Victoria y la reina D.^a María Cristina.

Los príncipes Fushimi.— El día 6 llegaron á la corte el príncipe Fushimi, perteneciente á la casa de este nombre, rama colateral de la familia imperial japonesa, y su esposa la princesa Tsuneko.

Recibidos en la estación por el ministro de Estado, el primer ministro de embajadores, el gobernador civil, el cónsul del Japón y parte del personal de la legación, trasladáronse con su séquito en coches de la Real

Casa al Hotel de París y después de descansar allí breve rato fueron á Palacio, á ofrecer sus respetos á la reina doña María Cristina y visitaron luego á las infantas doña María Teresa é Isabel. Por la noche asistieron á la función del teatro de la Comedia acompañados de la reina y de los infantes.

Al día siguiente fueron obsequiados en palacio con un almuerzo íntimo y aquella misma tarde salieron para Sevilla.

El príncipe Fushimi es capitán de navío y manda uno de los mejores acorazados de la armada japonesa. Nació en 16 de octubre de 1876 y en 1896 se casó con la princesa Tsuneko, que contaba entonces catorce años.—T.

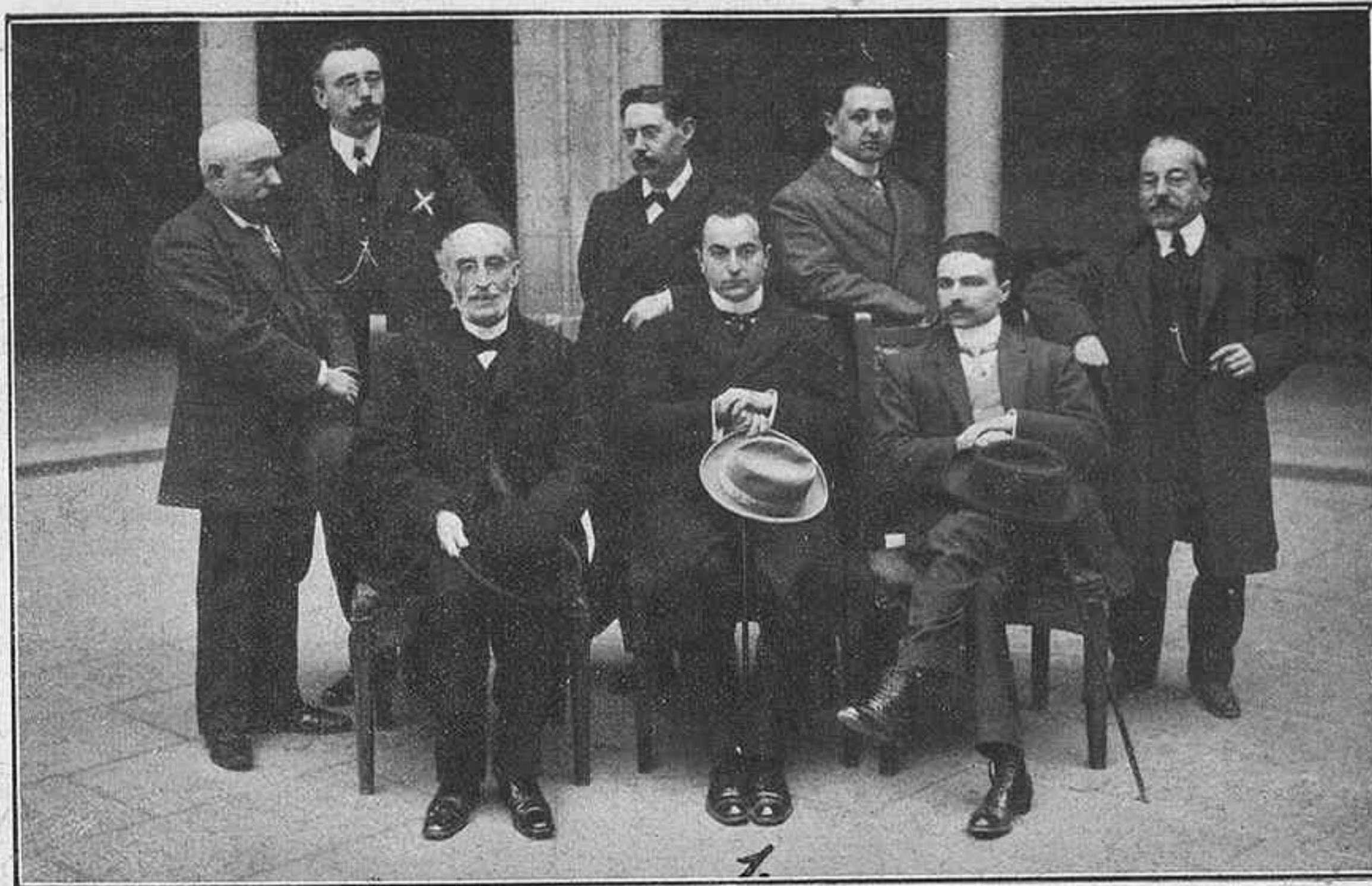
BARCELONA

SOCIEDAD ASTRONÓMICA

Merced á la iniciativa del ilustre hombre de ciencia D. Salvador Raurich y á la entusiasta cooperación de algunos profesionales y aficionados entusiastas, se ha constituido recientemente en esta ciudad la Sociedad Astronómica de Barcelona, cuyos fines no hemos de especificar, puesto que su nombre sobradamente lo indica. Diremos únicamente que su principal propósito consiste en vulgarizar la hermosa ciencia de los astros, haciendo que el conocimiento de éstos no sea patrimonio de un corto número de escogidos, sino que, por el contrario, se difunda entre todas las clases sociales.

Componen la Junta Directiva de la Sociedad los señores cuyos retratos figuran en el grupo adjunto y que son mencionados por el orden en que en el grupo aparecen: sentados, de izquierda á derecha: D. Luis Canalda, vicepresidente; D. Esteban Terradas, presidente; don Fernando Tallada, vicepresidente; de pie, D. J. Subirana, vocal; D. Salvador Raurich, secretario; D. Eduardo Fontseré, vocal; D. Enrique Calvet, vicesecretario, y D. Manuel Font y Torné, tesorero.

Para el logro de sus fines la Sociedad ha organizado una serie de interesantes conferencias; á saber: del Dr. D. Angel Berenguer, catedrático de Astronomía de esta Universidad, sobre «Astronomía



Barcelona.—Junta Directiva de la Sociedad Astronómica de la que son presidente y secretario respectivamente los Sres. D. Esteban Terradas (1) y D. Salvador Raurich (x)
(De fotografía de A. Merletti.)

cometaria;» de D. José Comas y Solá, Director del Observatorio Fabra, sobre «El gran cometa 1910-A;» de D. Este-

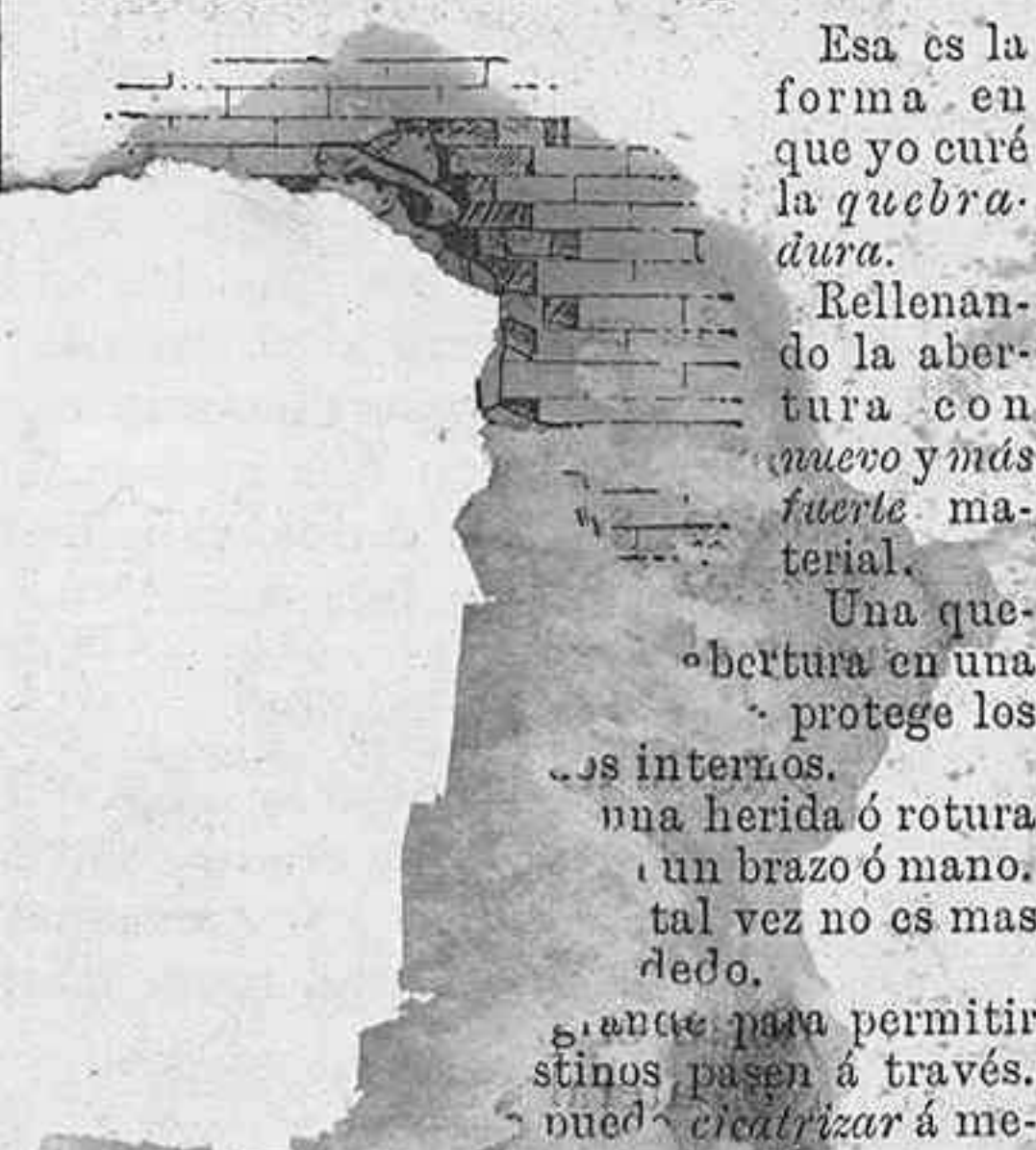
altos propósitos, y que mejor respondería á sus fines, cual es el del establecimiento de un observatorio popular. — M.

ban Terradas, catedrático de Óptica de esta Universidad, sobre «El azul del cielo y su polarización;» del Dr. don Eduardo Fontseré, catedrático de esta Universidad y profesor de Astronomía matemática de la Real Academia de Ciencias, sobre «La observación solar;» de D. Manuel Font y Torné, doctor en Medicina, sobre «La topografía de la luna;» de D. José Ricart y Giralt, director de esta Escuela de Náutica, sobre «La Astronomía aplicada al excursionismo;» del Dr. D. Odón de Buen, catedrático de esta Universidad y director del Laboratorio biológico-marino de Mallorca, sobre «Física del mar Mediterráneo;» de D. Guillermo J. de Guillén García, ingeniero, miembro de la Real Academia de Ciencias, sobre «Reconocimiento de las tormentas por medio de los aparatos ceraunómano y ceraunógrafo;» de D. Dionisio Puig, meteorólogo, sobre «Agua y calor;» y de D. Enrique Calvet, doctor en Farmacia, sobre «Aplicaciones del espectroscopio á la Astronomía.»

Por esta lista de conferencias y por la reconocida fama de los conferenciantes puede juzgarse de la importancia de la labor con que inaugura sus tareas esta Sociedad merecedora del apoyo no sólo de los centros oficiales, sino también de los particulares y en especial de las gentes acomodadas. Si contase con este apoyo, podría realizar uno de sus más altos propósitos, y que mejor respondería á sus fines, cual es el del establecimiento de un observatorio popular. — M.

LA QUEBRADURA CURADA

¿Ve V. á este albañil cerrando la abertura en esa pared?



Esa es la forma en que yo curé la quebradura.

Rellenando la abertura con nuevo y más fuerte material.

Una quebradura en una pared protege los interiores.

Una herida ó rotura en un brazo ó mano, tal vez no es más que un dedo.

¿Qué puede permitir que pasen á través de una quebradura á me-

Y eso es lo que mi Método hace. Le permite á V. retener la protusión dentro de la pared en su propio sitio.

Después de aplicar el Desarrollante Lymphol para aplicar sobre la abertura de la quebradura. Este penetra á través de la piel hasta los bordes de la abertura y remueve el anillo calloso que se ha formado alrededor de la rotura.

Entonces el proceso de cicatrización empieza. La naturaleza libre ya del saliente intestino y del anillo calloso en la abertura, y estimulado por la acción del Lymphol echa su surtido de linfa y la abertura es otra vez ocupada con nuevo músculo.

¿No es esto simple? ¿No es esto razonable? Yo he probado sus méritos en millares de casos. Yo lo probaré á cualquier herniado que me envíe su nombre.

Escríbame V. y yo le enviaré por correo una muestra gratuita de mi Desarrollante Lymphol y un libro hermosamente ilustrado acerca de la Naturaleza y Cura de la Quebradura. No me envíe V. dinero. Sólo su nombre y dirección.

Wm. S. RICE, R. S., Ltd.,
(ESPECIALISTAS),
G. P. O. Box n.º 5. (Depto. S. 348),
8 & 9, STONECUTTER, ST.,
LONDRES, E. C., INGLATERRA

HISTORIA NATURAL

NUEVA EDICION

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA É ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

DIVISION DE LA OBRA

ANTROPOLOGIA, por el Dr. Topinart, corregida y ampliada con nuevos datos etnográficos tomados de la obra del profesor F. Ratzel y otros. — 1 tomo.

ZOOLOGIA, por el Dr. C. Claus, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena, traducida por el Dr. D. Luis de Góngora, de la quinta edición alemana. — 6 tomos. A fin de que el público comprenda la importancia de esta obra, sólo diremos que de ella se han hecho NUEVE ediciones en alemán, y que ha sido traducida al FRANCÉS, al INGLÉS, al RUSO y al ITALIANO.

BOTANICA, con inclusión de la GEOGRAFIA

Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con miles de preciosos grabados que representan fielmente la mayor parte de las especies de los tres reinos de la naturaleza, y con una colección de magníficas cromolitografías. — 13 tomos, elegantemente encuadernados con canto dorado. Se vende al precio de 5 pesetas uno.

Montaner y Simón, editores.—BARCELONA

FIA BOTANICA, por Odón de Buen, profusamente ilustrada.

MINERALOGIA, por el Dr. Gustavo Ischermak, catedrático de la Universidad de Viena. Traducción anotada por D. Francisco Quiroga, catedrático de la Universidad Central.

GEOLOGIA, por Archibaldo Geikie, Ll. D., F. R. S., director general de la comisión geológica de Irlanda y de la de Escocia, y del Museo de Geología práctica de Londres. Traducción anotada con interesantes datos españoles por D. Salvador Calderón, catedrático de la Universidad Central.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas. Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL 35¹⁰⁵ RES
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por don Ricardo Balaca y D. José Luis Pellicer.

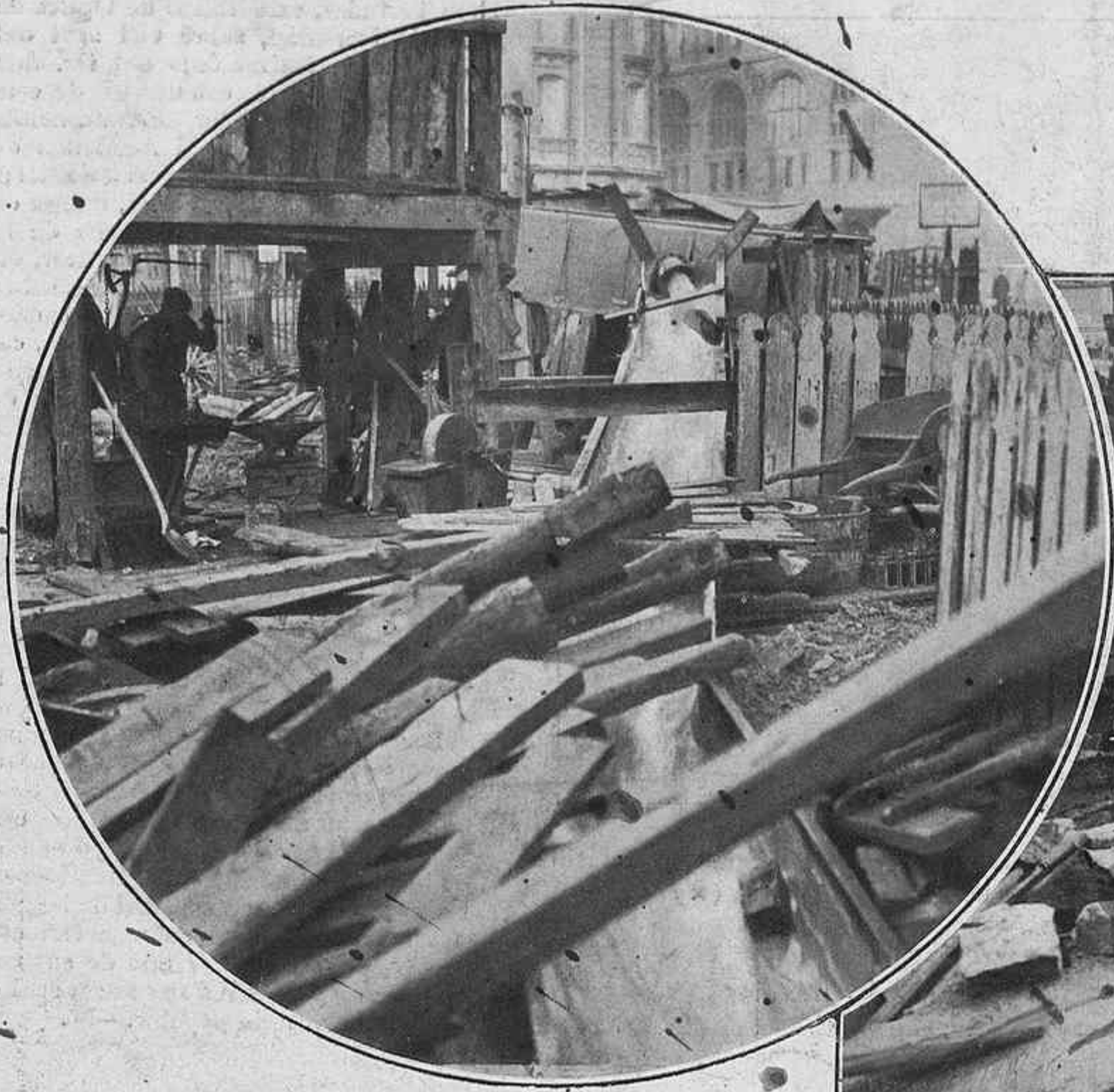
Dos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. 200 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PARÍS.—DESPUÉS DE LAS INUNDACIONES

DESTROZOS OCASIONADOS EN EL FERROCARRIL METROPOLITANO



Trabajos de agotamiento del agua que inundó las galerías



Vista de las obras en construcción del Metropolitano, destruidas por las aguas. En primer término se ve el túnel de la línea Norte-Sur que bordea la estación de San Lazaro. (Fotografías de Branger.)

De todos los destrozos ocasionados por las terribles inundaciones recientes, los más importantes son, sin duda alguna, los sufridos por el Metropolitano.

La naturaleza especial de este ferrocarril subterráneo explica perfectamente que en él los daños han sido inmensos, pues el agua invadió desde los primeros momentos sus galerías llenándolas en algunos sitios enteramente y causando en sus obras de fábrica y en sus líneas averías de gran consideración. En otros puntos, es decir, en aquellas secciones que todavía están en construcción, los destrozos han sido también grandísimos. La reparación de todo esto exigirá, como es de suponer, muchos millones, que unidos á los perjuicios consiguientes á la suspensión del tráfico durante algunas semanas, constituyen una pérdida enorme para las compañías explotadoras.

En algunas líneas se ha reanudado el tráfico; en otras continúa suspendido porque aun no han terminado los trabajos de agotamiento y de reparación.

Aparte de los gastos perdidos por la suspensión del movimiento de los trenes, ocasionada á las empresas, la vida de los parisienses, por causa de la interrupción de las comunicaciones que eran de mucha utilidad para el servicio por las vías subterráneas, de todas clases en la ciudad...

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito, Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA

DEMAUT

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Orfebrería, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes sueltas, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN